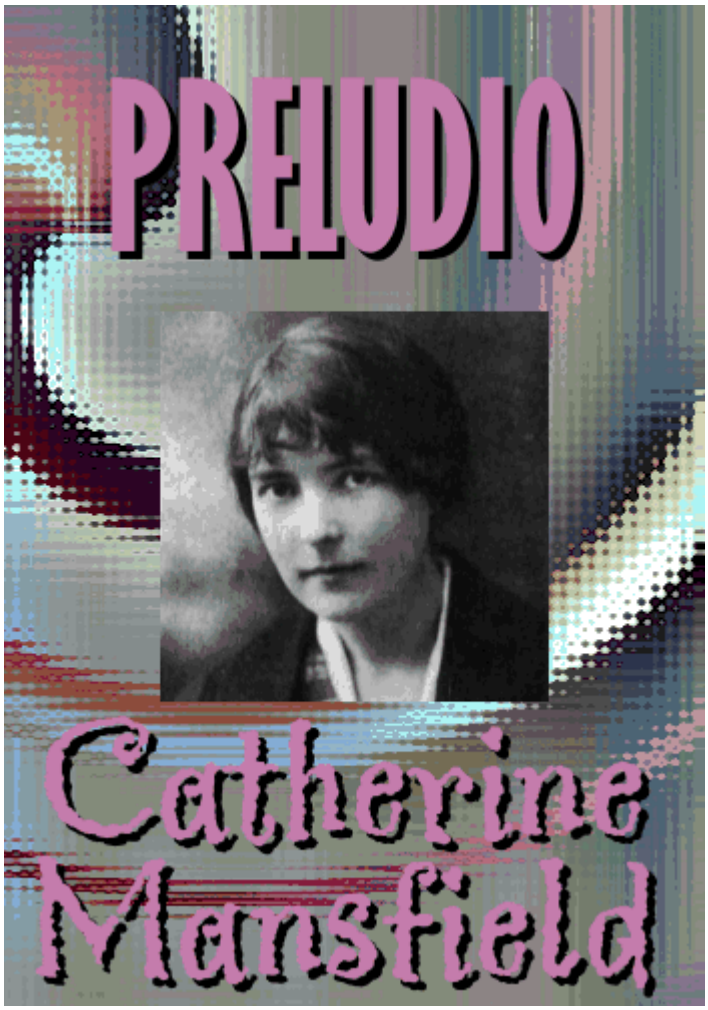
LIBRO dot.com

# PRELUDIO

## Catherine Mansfield




Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

# I

Ni un dedo ele sitio quedaba en el coche para Lottie y Kezia Se bambolearon, cuando Pat las sentó en la cima de un montón de equipajes. La abuela tenía lleno de bultos su regazo, y Linda Burnell nunca había podido llevar en el suyo, durante un trayecto de viaje, ni siquiera un fragmento de chiquillo. Dominándolo todo iba Isabel, en lo alto, junto al nuevo criado, en el asiento del cochero. Paquetes, maletas y cajas se apilaban en el fondo.

-Son cosas absolutamente necesarias, que yo no quiero perder de vista un solo momento -dijo Linda Burnell, con voz temblona por la excitación y la fatiga.

Lottie y Kezia permanecían sobre el césped, precisamente detrás de la verja, dispuestas para el suceso, con sus chaquetillas de botones de metal, marcados con un ancla y con sus gorras de cintas que llevaban el nombre de un acorazado. Cogidas de la mano, con los ojos muy redondos y graves, miraban fijamente, primero, "esas cosas absolutamente necesarias"; después, a su madre.

-Habrá, sencillamente, que dejarlas. Podemos abandonarlas -dijo linda Burnell.

Una extraña risita se escapó de sus labios; Linda se recostó contra los mullidos cojines de cuero y cerró los ojos. La risa hacía temblar su boca. Felizmente, la señora Samuel Joseph, que había seguido la escena desde detrás de la cortina de su salón, se acercaba contoneándose a lo largo del sendero del jardín.

-¿Por qué no dejarme los niños, señora Burnell? ¡Podrían ir en el coche del camionero, cuando baje esta tarde! Hay que llevar todo lo que está en el camino, ¿verdad?

-Sí. Hay que llevar todo lo que está fuera-dijo Linda Burnell, agitando su blanca mano en dirección de las mesas y las sitas colocadas patas arriba, sobre el césped, ante la casa.

¡Qué facha tan absurda tenían! Debían colocarse en sentido opuesto, o era preciso que Lottie y Kezia se mantuviesen también cabeza abajo. Linda tenía ganas de decir: "¡poneos cabeza abajo, niñas, y esperad el camión!". Esto le parecía tan deliciosamente gracioso que no podía escuchar a la señora Samuel Joseph.

E1 cuerpo crujiente y grasiento se apoyó en la barrera y la cara voluminosa de jalea sonrió.

-No se atormente usted, Mrs. Burnell. Lottie y Kezia podrán tomar el té con los niños en la nursery, y luego los meteré en el camión.

La abuela reflexionó:

-Sí, es verdad, es el mejor medio; se lo agradecemos mucho, Mrs. Samuel Joseph. Niños, dad las gracias a Mrs. Joseph.

Un doble piar chillón.

-Muchas gracias, Mrs. Joseph.

-Que seáis buenas niñas y... venid más cerca -ellas se acercaron-. No olvidarse de pedir a Mrs. Joseph cuando tengáis necesidad de...

-¡No, abuela!

-No se atormente usted, Mrs. Burnell.

A última hora, Kezia soltó la mano de Lottie y corrió al coche.

-Yo quiero besar a mi abuela y decirle adiós otra vez.

Pero llegó demasiado tarde. El coche rodaba ya a lo largo de la carretera que subía una pendiente. Isabel, henchida de orgullo, levantaba la nariz sobre el mundo entero; entre el curioso baratillo que había juntado a última hora en su bolso de seda negra, para encontrar en él algo que dar a su hija. El coche desapareció en lo alto de la cuesta y más allá, entre reflejos del sol y del fino polvo dorado. Kezia se mordió el labio; pero Lottie, después de haber buscado cuidadosamente su pañuelo, comenzó a lamentarse.

-¡Mamá, abuela!

Mrs. Samuel Joseph la envolvió como una enorme y caliente cubretetera de seda negra. -Eso está bien, querida mía. Tienes que ser una niña valiente, ven a jugar en la nursery.

Colocó su brazo alrededor de Lottie que lloraba y se la llevó. Kezia siguió haciendo muecas en la falda de Mrs. Samuel Joseph, desabrochada como siempre, que dejaba pasar dos largos lazos rosa del corsé...

Las lágrimas de Lottie se secaron mientras subía la escalera; su aspecto a la puerta de la nursery, con los ojos hinchados, la nariz inflada, hizo mucha gracia a los pequeños de Samuel Joseph sentados en dos bancos, delante de una larga mesa recubierta de hule, adornada con grandes platos llenos de rebanadas de manteca y dos picheles morenos que humeaban débilmente.

-¡Oh! ¡Has llorado!

-¡Oh! ¡Se te han hundido los ojos en la cabeza!

-¡Estás completamente llena de placas encarnadas!

Lottie se dio cuenta de su éxito, se hinchó y sonrió tímidamente.

-Vete a sentar cerca de Jaidée, pollita -dijo Mrs. Samuel Joseph- y tú, Kezia, siéntate al extremo de la mesa, cerca de Moisés.

Moisés se rió maliciosamente y la pellizcó al sentarse, pero ella no dio señal de haberse enterado. ¡Cuánto aborrecía a los chicos!

-¿Qué prefieres? -preguntó Stanley, inclinado sobre la mesa, muy contento y sonriente-. ¿Por dónde quieres empezar, por las fresas con natilla o por el pan untado?

-fresas con natilla, haga el favor -contestó. ¡Ah ah! Cómo se reían todos, golpeando la mesa con sus cucharillas de té. ¡Ah! ¡Cayó en el cepo! ¡Cómo la ha cogido! ¡Vaya con el viejo Stan!

-Mamá. ¡Ha creído que era verdad!

La misma Mrs. Samuel Joseph no pudo contener la sonrisa, vertiendo el agua y la leche.

-\'o hay que hacerlas rabiar en su último día -dijo, haciendo ruido al respirar.

Kezia mordió un enorme bocado de su rebanada y la plantó sobre su plato. La huella de los dientes formaba una delicia de enrejado. ¡No! ¡Todo eso le daba igual! Una lágrima corría a lo largo de su mejilla, pero no lloraba, no hubiera podido llorar delante de esos horribles Samuel Joseph; sentada, con la cabeza baja, como se le deslizaba dulcemente una lágrima, la engulló con un diestro lengüetazo, y se la bebió antes de que nadie la viese.

# II

Después del té, Kezia volvió a dar vueltas por la casa. Lentamente subió por la escalera de servicio, atravesó el oficio y entró en la cocina. Sólo quedaba un pedazo de jabón amarillo cubierto de arena en un rincón de la ventana, y en el otro, un trapo de franela manchado por una bola de añil. La chimenea estaba llena de despojos. Kezia huroneó, pero no encontró más que un sujetavuelos con un corazón pintado encuna, que había pertenecido a la criada; lo dejó también y se fue deslizando a lo largo del estrecho pasillo hasta el salón. Habían corrido el estor, pero no por completo. Largas y brillantes rayas de sol, se filtraban a través. La sombra movediza de un arbusto, bailaba fuera sobre las franjas doradas y, unas veces inmóvil, otras revoloteando, rozaba los pies de Kezia. ¡Zuum...! ¡Zuum..! Una mosca azul chocaba contra el techo; briznas de plumón encarnado quedaban pegadas a los clavos de la alfombra.

La ventana del comedor tenía vidrios de colores en cada ángulo. Unos azules, otros amarillos. Kezia se asomó para ver una vez más la azul avenida con los lirios azules que

crecían junto a la verja, y después, la avenida amarilla con los lirios y la valla amarilla. Mientras olla miraba, una pequeña Lottie chinesca avanzó sobre el césped y se puso a secar las mesas y las sillas con la punta del delantal. ¿Era realmente Lottie? Kezia no estuvo segura de todo hasta haberla mirado por la ventana corriente. Arriba, en la habitación de su padre y de su madre, Kezia encontró una cajita de píldoras, negra y brillante por fuera y roja dentro, que contenía un pequeño copo de algodón.

-Podría guardar un huevo de pájaro -decidió. En la habitación de la criada un botón automático había quedado cogido entre las junturas del entarimado, y en otra grieta algunas perlas y una larga aguja. Kezia sabía que en la habitación de su abuela no había nada, ella la había visto hacer su equipaje; fue hacia la ventana y se apoyó, pegando sus manos contra el cristal.

A Kezia le gustaba quedarse así ante la ventana. Le gustaba la sensación del cristal frío y brillante contra sus palmas calientes y le gustaba también mirarse las yemas de sus dedos, que se quedaban blancas al apretarlos contra el cristal. Mientras permanecía así, el día se apagó y la noche vino. Y con la noche, el viento se deslizó huroneando y ululando. Las ventanas de la casa vacía temblaron; un crujido salía de los muros y de los entarimados, un trozo de hierro desprendido golpeaba lúgubremente contra el tejado. Kezia se quedó de pronto absolutamente tranquila, con los ojos muy abiertos, las rodillas apretadas una contra otra. Tenía miedo. Quería llamar a Lottie y seguir llamándola mientras bajase la escalera y saliera de la casa. Pero la cosa estaba justamente detrás de ella esperando en la puerta, en lo alto de la escalera, debajo de la escalera, escondiéndose en el corredor, dispuesta a lanzarse por la puerta de servicio. Pero en la puerta de servicio estaba también Lottie.

-¡Kezia! -la llamaba alegremente.- ¡El camionero está aquí! ¡Todo está ya en el camión, y hay tres caballos, Kezia! Mrs. Samuel Joseph nos ha dado un gran chal para abrigarnos y ha dicho que te abroches el abrigo. Ella no saldrá porque tiene el asma.

Lottie se sentía muy importante.

-¡Vamos, niñas! -gritó el camionero.

E1 funde sus gruesos pulgares bajo los brazos de las niñas, las iza en el aire. Lottie se arregla el chal "de un modo admirable" y el camionero envuelve sus pies en un pedazo de vieja manta.

-Levantadlos despacio.

Ellas hubieran podido ser un par de jóvenes poneys. El camionero pasó la mano sobre las cuerdas que retenían su carga, desenganchó la cadena de la rueda y, silbando, se lanzó al lado de las niñas.

-¡Apriétate contra mí! -dijo Lottie-, porque si no, vas a tirar el chal por tu lado, Kezia!

Pero Kezia se acercaba al camionero. E1 la dominaba, alto como un gigante; olía como las nueces y las cajas nuevas ele madera.

## III

Era la primera vez que Lottie y Kezia salían tan tarde. 'Podo parecía diferente: las casas de madera pintadas eran bastante más pequeñas que durante el día; los jardines mucho más grandes y salvajes. Brillantes estrellas moteaban el cielo, y la luna colgaba encima del puerto, espolvoreando de oro las olas. Las niñas podían ver lucir el faro de la isla ele la Cuarentena y las luces verdes en los viejos pontones de carbón.

-E1 barco de Pictón que vuelve -dijo el camionero, mostrando con el dedo un vaporcito todo adornado con brillantes perlas.

Pero cuando alcanzaron lo alto de la colina y comenzaron a descender por la otra vertiente, el puerto desapareció y las niñas, aun cuando todavía estaban dentro de la ciudad, ya no sabían dónde estaban. Otros carros se les cruzaron, rechinantes. 'Podo el mundo conocía al camionero.

-¡Buenas noches, Fred! -¡Buenas noches! -gritaba él.

A Kezia le gustaba mucho oírle. Esperaba el sonido de su voz y levantaba la cabeza cada vez que, a lo lejos, aparecía una carreta.

El camionero era viejo amigo de su abuela y ella había ido muchas veces a su casa a comprar uvas. Vivía solo en un pequeño barracón; una estufa que él mismo había construido, se apoyaba contra el muro, todo este invernadero estaba tapizado por una parra magnífica que formaba arcadas.

Solía coger la cestita oscura de las manos de Kezia, la tapizaba con tres anchas hojas, palpaba en su cinturón para encontrar su cuchillo de cuerno y alcanzaba en el aire en hermoso racimo azul; lo cortaba y lo depositaba entre las hojas tan dulcemente, que Kezia retenía su respiración para observarle. Era un hombre muy alto. Llevaba unos pantalones de pana oscura y tenía una larga barba morena. No se ponía jamás cuellos, ni aun el domingo, y su nuca, de un rojo vivo, estaba quemada.

-¿Dónde estamos ahora?

Cada cinco minutos, una de las niñas le hacía esa pregunta.

-Pues estamos en la calle del halcón o en la calle de Carlota.

-¡Ah, sí, de seguro!

Lottie aguzaba el oído al oír este último nombre; le había parecido siempre que esta calle le pertenecía en propiedad. Pocas personas tienen calles que se llamen como ellas.

-¡Mira Kezia! Mira la calle Carlota. ¿No es verdad que tiene un aire especial?

Todo lo que les era familiar se encontraba ahora lejos, detrás de ellas. El gran camión pasaba con un ruido de chatarra en país desconocido, a lo largo de carreteras nuevas, bordeadas, a cada lado, por altas calzadas de arcilla. Subía a las colinas abruptas, bajaba a los valles de matorrales, a través de anchos riachuelos poco profundos. Cada vez más lejos. La cabeza de Lottie osciló y su cuerpo se dobló, resbaló a medias sobre las rodillas de Kezia y se quedó allí. Pero Kezia no podía abrir bien los ojos. El viento soplaba y ella estaba temblando, pero sus mejillas y sus orejas ardían.

-¿Las estrellas se arremolinan algunas veces? -preguntó.

-No sé de nadie que lo haya notado -dijo el camionero.

-Tenemos una tía y un tío cerca de nuestra casa. Tienen dos niños, el mayor se llama Pip, y el más pequeño se llama Rags. Tienen un carnero y hay que alimentarlo con una tetera esmaltada y un trozo de guante en el pico. Van a enseñárnoslo. ¿Qué diferencia hay entre un carnero y un borrego?

-Pues un carnero tiene cuernos y embiste. Kezia reflexionó.

-No tengo mucha gana de verlo -dijo-. Yo aborrezco a los animales que se precipitan sobre uno como los perros y los loros. Yo sueño a menudo con animales que me acometen, a veces camellos, y mientras avanzan, sus cabezas se hinchan enormemente.

El camionero se calló. Kezia miró en el aire, sus ojos hacían guiños; después tendió su dedo y acarició la manga del hombre. Aquello era velludo.

-¿Estamos cerca? -preguntó.

-Ya no muy lejos -contestó el camionero-. ¿Cansada?

-No estoy cansada -dijo Kezia-, pero mis ojos no cesan de hacer guiños de un modo extraño. -Dio un gran suspiro para detener los guiños de sus ojos, los cerró... Cuando los

abrió de nuevo, estaban pasando ruidosamente a lo largo de la senda que cortaba el jardín como una correa de látigo y contorneaba súbitamente un islote de verdura; detrás de este islote, pero invisible hasta ahora, se encontraba la casa. Era larga Y baja con una baranda de pilares y un balcón alrededor. La suave masa blanca se extendía en el jardín verde como un animal adormecido. A veces se iluminaba una ventana, a veces otra. Alguien andaba al través de las habitaciones vacías llevando una lámpara. En una ventana baja pestañeaba el fulgor de una llama, una hermosa y extraña vibración parecía chorrear de la casa en ondas trémulas.

-¿Dónde estamos? -preguntó Lottie, enderezándose. Su gorra de marinero se inclinaba a un lado y en su mejilla se imprimía el ancla del botón en el cual se había apoyado durmiendo. Tiernamente, el camionero la levantó, le volvió a poner bien la gorra y alisó sus ropas arrugadas. Parpadeando, permanecía Lottie en el último peldaño de la escalera de la baranda, viendo venir a Kezia, que parecía volar al través de los aires, hasta sus pies.

-¡Uh!-gritó Kezia, con los brazos extendidos. La abuela salió del umbral oscuro, con una lamparita en la mano. Sonreía.

-¿Usted ha encontrado el camino a pesar de la noche? -dijo.

-Muy bien.

Lottie titubeaba en el escalón como un pájaro caído del nido. Si se quedaba un instante inmóvil se dormía; si se apoyaba contra algo, sus ojos se cerraban. \o podía dar un paso más.

-Kezia -dijo la abuela-, ¿puedo confiarte la lámpara?

-Sí, abuelita.

La anciana se inclinó y puso entre sus manos el objeto brillante y viviente, y después cogió en brazos a la dormilona Lottie.

-Por aquí.

Iba atravesando un vestíbulo cuadrado, obstruido de paquetes y de cientos de loros (aunque los loros sólo estaban en la tapicería), a lo largo de un estrecho corredor, donde los loros persistían en adelantarse volando a Kezia y a su lámpara. -Que seáis muy buenas - recomendó la abuela. Dejó en el suelo a Lottie y abrió la puerta del comedor.

-¡Pobre mamá! ¡'Tiene una jaqueca tan grande! Linda Burnell, en su sofá de mimbre, con los pies en un cojín y un abrigo en las rodillas, estaba tendida frente a un fuego crepitante. Burnell y Beryl, sentados en la mesa del centro, cornían una fuente de chuletas a la parrilla y bebían el té de una tetera de porcelana oscura. Apoyada en el respaldo de la silla de su madre, Isabel, con un peine entre los dedos, levantaba, gentilmente absorta los mechones de la frente maternal. Fuera del charco de luz producido por la lámpara y el fuego, la habitación se extendía desnuda y oscura hacia las ventanas huecas.

-¿Son las niñas? -Pero eso no interesaba verdaderamente a Linda. Ni siquiera abrió los ojos para verlas.

-Deja la lámpara, Kezia-dijo la tía Beryl-, si no arderá la casa antes de que hayamos terminado ole desembalar. ¿Un poco más de té, Stanley?

-Podrías darme los cinco octavos de una taza -contestó Burnell, inclinándose sobre la mesa-. ¡Otra chuleta, Beryl! Carne perfecta. ¿No es verdad? Ni demasiado magra, ni demasiado grasa.

Se volvió hacia su mujer.

-¿Estás segura de que tú, decididamente, no quieres de esto, querida Linda?

-¡Sólo de pensarlo!.... -Levantó una ceja con un gesto muy suyo. La abuela traía pan y leche a los niños. Éstos se sentaron a la mesa, colorados y dormidos, tras el vapor que ondulaba.

-He tenido carne para mi cena -dijo Isabel, mientras seguía peinando dulcemente-. He tenido toda una chuleta para mi cena, con hueso y todo, y salsa de Worcester. ¿No es verdad, papá?

-Oh! No te alabes, Isabel -dijo la tía Beryl. Isabel tomo) un aire de estupefacción.

-Yo no me envanecía, ¿no es verdad, mamá? No pensaba en envanecerme; pensaba que a ellas les gustaría saber. Yo solamente quería decírselo.

-Muy bien. Ya basta -dijo Burnell. Rechazó su plato, sacó un palillo de su bolsillo y lo pasó entre sus fuertes dientes blancos.

-¿Podríais hacer que a Fred le den alguna cosa en la cocina, antes de marchar? ¿Le parece a usted, madre?

-Sí, Stanely -dijo la anciana, al salir.

-¡Oh! Espere medio segundo; creo que nadie sabe dónde han puesto mis zapatillas. Supongo que no las podré tener antes de un mes o dos.... ¿Qué? Un"¡sí!" venía de Linda. Estaban arriba del todo, en el bolso de tela, marcado urgente.

-Bien; podría usted dármelas, ¿quiere usted, madre?

-Sí, Stanley.

Burnell se levantó, se estiró y se acercó al fuego. Le volvió la espalda y levantó los faldones de su chaqueta.

-¡Caray! Es un revoltijo precioso. ¿Verdad, Beryl?

Beryl bebía su té a sorbitos de codos sobre la mesa. Sonrió por encima de su taza. Llevaba un delantal que nadie conocía; las mangas de su blusa, recogidas hasta el hombro, descubrían sus bellos brazos sembrados de pecas, y se había dejado caer el pelo sobre su espalda en una larga trenza.

-¿Cuánto tiempo cree usted que nos falta para poner orden en esto? Quince días, al menos, ¿no es as? -dijo con aire burlón.

-De seguro que no -dijo suavemente Beryl-; lo más fuerte ha pasado ya. La criada y yo hemos bregado como esclavas, todo el día y desde que mamá llegó, también ella ha trabajado como un caballo. No nos hemos sentado ni un momento. ¡Vaya un día!

Stanley se olió un reproche.

-No esperaban ustedes que me escapara del despacho para venir aquí a clavar alfombras, ¿no es verdad?

-Ciertamente que no -dijo Beryl, riendo. Dejó su taza y se escapó.

-¿Qué diablo espera de nosotros? -preguntó Stanley-. ¿Quiere sentarse y estar dándose aire con un abanico de hoja de palmera, mientras yo traigo un equipo de profesionales para el trajín? ¡Dios mío, bien puede ella echar una mano cuando haga falta sin envanecerse, a cambio de...!

Y se quedó sombrío, porque las chuletas empezaban a pelearse con el té en su estómago delicado. Linda alzó una mano y le atrajo al lado de su sofá.

-lis un mal momento para ti, querido -dijo ella. Sus mejillas estaban pálidas, pero sonrió y hundió sus dedos en la gruesa mano roja que ella mantenía cogida. Burnell se calmó. De pronto silbó: "Dura como un lirio, alegre y altiva... Buena señal."

-¿Crees que lo pasarás bien aquí? -preguntó él.

-No quisiera decirlo, pero creo que sí. Mamá, Kezia está bebiendo el té en la taza de la tía Beryl.

## IV

La abuela se las llevó a acostar. Subía delante de ellas, con una vela. La escalera resonaba bajo sus pasos. Isabel y Lottie dormían solas en el mismo cuarto; Kezia se apelotonó en el lecho blando de su abuela.

-¿No tendremos sábanas, abuelita?

-No, esta noche, no

-Esto hace cosquillas -dijo Kezia-, Pero es como los indios. -Atrajo a su abuela y la besó en la barbilla-. Ven a acostarte pronto y serás mi jefe indio.

-¡Qué boba eres! -dijo la anciana, arropándola como a la niña le gustaba estar arropada.

-¿No vas a dejarme una vela?

-No. ¡Chist! ¡Duérmete!

-Entonces, ¿se podrá dejar la puerta abierta? Se quedó hecha un ovillo pero no se durmió. De toda la casa venían ruidos de pasos. La casa misma crujía y se movía; gruesas voces venían cuchicheando desde abajo. Una vez se oyó el brusco estallido de la risa de la tía Beryl y otra vez el ruido de corneta de Burnell que se sonaba. Por la ventana, centenares de gatos negros, con ojos amarillos, sentados en el cielo, la observaban. Pero no tenía miedo.

Lottie decía a Isabel:

-lata noche voy a rezar en la cama.

-No, no puedes, Lottie -Isabel era muy enérgica-. Dios permite que se rece en la cama sólo cuando se tiene fiebre.

-Entonces Lottie cedió:

*Gentil Jesús dulce y bueno,*
*mira a un pequeño niño.*
*Ten piedad de mí,*
*simple Lizzie,*
*permite que vaya hacia ti.*

Después se acostaron espalda contra espalda, correspondiéndose sus culitos con toda exactitud y se durmieron.

De pie en un mantel de claro de luna, Beryl Fairfield se desnudaba. Estaba cansada, pero no tanto como ella decía, dejando caer sus ropas, echándose hacia atrás, con un gesto lánguido, sus cabellos cálidos y pesados.

-¡Oh! ¡Qué cansada estoy, qué cansada! Cerró los ojos un momento pero sus labios sonreían. Su respiración subía y bajaba en su pecho como dos alas que la estuviesen abanicando. La ventana estaba abierta de par en par. Hacia calor y en algún sitio, allá abajo, en el jardín, un hombre moreno y esbelto de ojos burlones se paseaba ele puntillas entre los arbustos, cogía un gran ramo, se deslizaba bajo la ventana y se lo tendía a Beryl. Ella se vio asomada hacia fuera. Él hundía la cabeza en las brillantes flores de cera, malicioso y sonriente. "¡No, no!" -dijo Beryl. Se apartó de la ventana y se puso su camisón.

-¡Cuidado que Stanley es poco razonable, a veces! -pensaba ella, mientras lo abrochaba. Después, cuando se acostó, le vino el viejo pensamiento, el cruel pensamiento:

-¡Ah, si tuviera dinero propio!

Un hombre joven, inmensamente rico, acaba ele llegar de Inglaterra. Él se la encuentra por un pura casualidad... El nuevo gobernador no es casado... Hay un baile en casa del

gobernador... ¿Quién es esa criatura exquisita con un traje: ele satén verde nilo? Beryl Fairfield...

-Lo que me gusta -dijo Stanley apoyado contra la cama y rascándose fuertemente los hombros y la espalda, antes de acostarse- es que yo he conseguido esta finca por nada, Linda. Al decírselo al pequeño Walle Bell, me respondió que no podía comprender cómo ellos habían aceptado la cifra. ¿Ves? E1 terreno aquí, aumentará de precio. Dentro de diez años, poco más o menos... Naturalmente, habrá que empezar muy despacito, y disminuir cuanto más se pueda los gastos. Aún no duermes, ¿verdad?

-No, querido; he oído todas tus palabras-dijo Linda.

Él saltó a la cama, se inclinó sobre ella y sopló la vela.

-Buenas noches, señor negociante -dijo ella; y, cogiéndole la cabeza por las dos orejas, le dio un rápido beso. Su voz lejana parecía salir de un pozo muy hondo.

-Buenas noches, querida.

Deslizó el brazo bajo su cuello, y la atrajo hacia él.

-Sí, apriétame bien -dijo la voz débil, desde lo hondo del pozo.

Pat, el criado, se revolcaba en su cuartito, detrás de la cocina. Su chaqueta, de tejido impermeabilizado, y sus pantalones, colgaban ele la puerta como un ahorcado. Los dedos ele sus pies torcidos sobresalían de los bordes de su manta; y en el entarimado, junto a ella, se encontraba una jaula de pájaros, vacía, hecha de juncos. Parecía una caricatura.

-I lonk, honk-hacía la criada, que tenía vegetaciones.

La última en acostarse fue la abuela.

-Cómo; ¿no duermes todavía?

-No; te esperaba -dijo Kezia.

La anciana suspiró y se tendió a su lacio. Kezia hundió su cabeza bajo el brazo de su abuela y dio un gritito. Pero la abuela no la apretó sino débilmente contra ella; dio otro suspiro, se quito los lentes y los puso en un vaso de agua, en el suelo. En el jardín, unos pequeños búhos, colocados en las ramas de un álamo, llamaban "¡Hu, hu! ¡Hu hu!" Y de los arbustos, muy, de lejos, salía un rudo y precipitado cacareo: "I la-ha-ha... Ha-ha-ha ...".

# V

Vino el alba, áspera y fría, con nubes encarnadas en un ciclo verdoso y gotas de agua en cada hoja y cada brizna de hierba. Una brisa sopló sobre el jardín, escurriendo el rocío, haciendo caer los pétalos. Tiritó por encima de las praderas empapadas, y se perdió en el fondo de los setos oscuros. En el ciclo, minúsculas estrellas flotaron un momento para desaparecer, disueltas como burbujas de aire. Y, distintamente, en la calma matutina, se oyó el riachuelo que corría a través de la pradera, corría por encima de las piedras oscuras, corría y volvía a salir de los hoyos de arena, se escondía bajo grupos de sombríos matorrales de bayas, y se derramaba en un pantano de berros y de flores amarillas.

Y después, al primer rayo de sol, comenzaron los pájaros. Grandes pájaros atrevidos, estorninos y mynahs, silbaban en el césped; los pequeños jilgueros, chorlitos y papamoscas revoloteaban de rama en rama. Un gracioso martín pescador, en la valla del cercado, alisaba

las plumas de su lozana belleza, y un trepador cantaba sus tres notas, reía y las cantaba de nuevo.

-¡Qué bulliciosos son los pájaros! -se decía Linda en su sueño. Se paseaba con su padre por una pradera verde sembrada de margaritas. De repente, él se inclinó, separó las hierbas y le mostró un minúsculo copo de plumón a sus pies.

-"¡Oh! ¡Papá, el amor!"-. Ella hizo de sus manos una copa, tomó el pajarito y le acarició la cabeza con el dedo. Estaba completamente domesticado, pero ocurrió una cosa extraña. Mientras lo acariciaba, comenzó a hincharse, a erizarse, a dilatar su garganta; se puso cada vez más gordo, y sus ojos redondos parecían sonreírla con un aire malicioso. Los brazos de Linda no bastaban ya para contenerlo, y lo dejó caer en su delantal. Aquello se había convertido en un bebé con una cabeza gorda y un pico de pájaro embotado que se abría y se cerraba. Su padre estalló en una gran risa con sones de castañuelas y ella se despertó para ver a Burnell delante de las ventanas que levantaba por completo el estor.

-Buenos días-dijo él-. ¿No te habré despertado, verdad? Nada hay que decir esta mañana contra el tiempo.

Estaba encantado. Este sol imprimía el sello final sobre su compra. "Tenía la impresión de haber comprado también aquel día tan bello, de que lo había hecho añadir gratis, a la casa y al terreno. Corrió a bañarse y Linda se volvió hacia atrás apoyándose en un codo para ver la habitación a la luz del día. Todos los muebles habían encontrado su sitio, todos los viejos arreos -como ella decía-, hasta las fotografías sobre la chimenea y las botellas de medicina en la repisa, encima del tocador. Los trajes estaban colocados en una silla, sus trajes ele salir: una capa de púrpura y un sombrero redondo adornado con una pluma. Linda, mirándolos, deseaba también marcharse de esta casa. Se reía, yéndose lejos de todos ellos, en coche, dejando a todo el mundo, sin mover siquiera la mano.

Stanley volvía, ceñido con una toalla reluciente y golpeándose en los muslos. Tiró la toalla mojada encima del sombrero y de la capa y, manteniéndose firme en el centro exacto de un cuadrado de luz, empezó a hacer sus ejercicios: respiración profunda, flexiones de rana y puntapiés. Era tan feliz con su cuerpo musculoso, obediente, que se golpeó el pecho e hizo salir un "¡ah!" sonoro. Pero este vigor sorprendente parecía colocarle a muchos mundos de Linda, tendida en la blanca cama deshecha, que le miraba como desde lo alto de las nubes.

-¡Demonio! -dijo Stanley, que se ponía una camisa blanca, muy tiesa, al descubrir que un idiota cualquiera había abrochado el cuello de modo que el se encontraba prisionero. Anduvo a grandes pasos hacia Linda, agitando los brazos.

-Pareces un gran pavo, muy gordo -dijo ella.

-¡Gordo!, sí, ¡me gusta! -dijo Stanley-. No tengo un centímetro cuadrado de grasa en mí. Toca esto.

-las roca, es hierro -dijo ella, burlona.

-Te sorprendería -dijo Stanley, como si ello fuese de un interés palpitante- el número de tipos gordos que hay, en el club. "Tipos jóvenes ¿sabes?, hombres de mi edad.

Empezó a hacerse la raya en su pelo rojo y enmarañado, muy tieso; sus ojos azules, fijos y redondos en el espejo; las rodillas, dobladas, porque el tocador -¡el diablo se lo lleve!- estaba siempre un poco bajo para él...

-E1 pequeño Wally Bell, por ejemplo... -Se irguió, describiendo con su cepillo de la cabeza una enorme curva sobre sí mismo-. Debo decir que me horrorizaría...

-Querido, no te atormentes. Nunca serás gordo. Eres demasiado enérgico.

-Sí, sí, tienes razón -dijo él, consolado por centésima vez, y sacando de su bolsillo una navaja de nácar, empezó a arreglarse las uñas.

-¡E1 desayuno, Stanley! -gritó Beryl desde la puerta-. ¡Oh! Linda, mamá dice que no te levantes todavía.



Librodot

Ella pasó su cabeza por la puerta entreabierta.

Llevaba prendida en el pelo una gran brizna de celinda.

-Todo lo que anoche habíamos dejado en el mirador, lo hemos encontrado esta mañana completamente calado. Si hubieseis visto a la pobrecita mamá secando las mesas y las sillas... Pero no hay ningún daño-añadió, esbozando una mirada hacia Stanley.

-¿Ha dicho usted a Pat que tenga el coche preparado a su hora? Hay sus buenas seis millas y media de aquí a la oficina.

-Me imagino lo que va a ser esta salida para la oficina, tan temprano -pensaba Linda-. Realmente será bien justo.

-¡Pat! ¡Pat! -llamaba la muchacha.

Pat debía ser, evidentemente, muy difícil de encontrar. La necia voz hablaba a través del jardín. Linda no pudo descansar antes del retumbo de la gran puerta, que marcaba la salida de Stanely. Más tarde oyó a los niños jugar en el jardín. La vocecita firme y compacta de Lottie gritaba: "¡Ke ...zia! ¡I... sa... bel!" Lottie se perdía siempre o perdía a las otras para encontrarlas con gran sorpresa detrás del árbol próximo o del primer recodo... "¡Oh! ¡Aquí estáis, por fin!" Las habían dejado en la puerta, después de desayunar, con la prohibición de volver a la casa sin ser llamadas. Isabel paseaba un coche lleno de muñecas cuidadosamente ordenadas, y permitía a Lottie, como un gran favor, marchar a su lado y mantener la sombrilla de muñeca por encima de la que tenía la cara de cera.

-¿Dónde vas, Kezia? -preguntó Isabel deseando inventar para Kezia algún trabajo fácil e insignificante que hiciera doblegarse a su hermana bajo su dominio.

-¡Oh! Hacia allá.

Después Linda no las oyó más. ¡Qué reverberación había en el cuarto! ¡A todas horas le molestaban los estores completamente alzados, pero por la mañana, era intolerable! Se volvió de cara a la pared y con un dedo vago seguía sobre la tapicería una amapola con la hoja, el tallo y un grueso capullo que estallaba. En la calma, bajo el dedo que la contorneaba, la amapola parecía tomar vida. Linda podía sentir los pétalos pegajosos, sedeños, el tallo peludo como una piel de grosella, la hoja rugosa y el capullo apretado, barnizado. Las cosas tenían así una costumbre de adquirir vida, no solo las cosas grandes y sustanciales como los muebles, sino también las cortinas, los dibujos de los tejidos, los flecos de los cobertores y los almohadones. ¡Cuántas veces había visto los pompones del fleco de su colcha convertirse en una divertida procesión de danzarinas con sacerdotes ayudantes!... Porque había pompones que no bailaban sino que marchaban gravemente inclinados hacia adelante corno si rezaran o cantaran. ¡Cuántas veces los frascos de medicina se habían transformado en una fila de hombrecitos coronados de chisteras oscuras y el jarro de agua tenía una manera de instalarse en la palangana como un gran pájaro en un nido redondo!

"He soñado con pájaros esta noche", pensaba linda. ¿Qué era? Lo había olvidado. Mero lo extraño en esta vida de los objetos, era lo que hacían. Escuchaban, parecían inflarse con un regocijo misterioso e importante; se dilataban y entonces Linda les hacía sonreír. Pero no era para ella sola esa sonrisa astuta, misteriosa; miembros de una sociedad secreta, ellos sonreían entre sí. A veces, cuando se había dormido durante el día, se despertaba sin poder levantar un dedo, ni aun volver los ojos a derecha e izquierda, porque ellos estaban allí. Otras veces, si ella salía de una habitación dejándola vacía, sabía que al ruido de un portazo ellos la ocuparían. Y había momentos, por ejemplo, durante la noche, cuando ella subía, dejando abajo a todo el mundo, en que apenas le era posible escaparse de ellos. Entonces no podía apresurarse, no podía tararear una música. Si trataba de decir de la manera más desenvuelta: "¿dónde estará ese dedal viejo?"', ellos no se equivocaban, ellos conocían su miedo, ellos veían cómo volvía la cabeza al pasar delante del espejo. Linda sentía siempre que ellos



Librodot

querían algo de ella y sabía que si se abandonaba y se quedaba tranquila, más que tranquila, silenciosa, inmóvil, ocurriría algo seguramente.

-Todo está muy tranquilo ahora -pensaba. Abrió mucho los ojos y oyó el silencio hilando su suave tela sin fin. ¡Con qué ligereza respiraba! Casi no tenía necesidad de respirar.

Sí, todo se había hecho viviente, hasta la más pequeña, la más menuda partícula. No sentía su cama; flotaba sostenida por el aire. Solamente parecía escuchar, con los ojos muy abiertos, atentos, acechando a alguien que debía venir y que no venía, esperando algo que debía ocurrir y que no ocurría.

En la cocina, en la larga mesa de pino, colocada bajo las dos ventanas, la anciana Mrs. Fairfield fregaba la vajilla del desayuno. La ventana de la cocina daba sobre una pendiente de hierba que descendía hasta la huerta, hasta las platabandas de ruibarbo. La despensa y el lavadero la bordeaban por un lado y sobre este tejadillo blanqueado de cal trepaba una parra nudosa. Mrs. Fairfield se había dado cuenta ayer de que algunos sarmientos asaban a través de las grietas del techo del lavadero y que todas las ventanas tenían una espesa chorrera de hierbas tiesas.

-Me gusta mucho la parra -dijo Mrs. Fairfield-, pero no creo que las uvas maduren aquí; necesitan del sol de Australia. -Ella recordó cómo Beryl, cuando era niña, recogía uvas blancas en la parra del mirador, detrás de su casa de Tasmania, cuando sintió en la pierna el pinchazo de una enorme hormiga roja. Volvía a ver a Beryl con su trajecito escocés, anudado en los hombros con cintas carmesí, aullando tan fuerte que la mitad de la calle se había precipitado a la casa. ¡Cómo se había hinchado la pierna de la niña! "¡Ah!" Mrs. Fairfield detuvo su respiración pensando en aquello. "¡Pobre pequeña, era espantoso!" Con los labios apretados volvió al horno a tornar agua caliente, el agua hacía espuma de jabón en el gran barreño, con burbujas rosas y azules en la espuma. Los brazos de la anciana Mrs. Fairfield, desnudos hasta el codo, estaban teñidos de un rosa vivo. llevaba un vestido de foulard gris, sembrado de grandes pensamientos violetas, un delantal de tela blanca y un alto gorro de muselina en forma de molde de jalea; en su cuello brillaba una media luna de plata, coronada de cinco pequeños búhos, y alrededor de su cuello se enrollaba una cadena de perlas negras. Era difícil creer que no estuviese en esta cocina desde hacía muchos años, tanto, que parecía formar parte de ella. Ordenó la loza con una mano precisa y segura, con movimientos lentos y amplios, yendo del horno al aparador, mirando a la fresquera, a la despensa, como si no existiera un rincón que no le fuese familiar. Cuando hubo terminado, los objetos de la cocina parecían todos alineados por categorías. De pie, en el centro de la pieza, se secaba las manos con su paño a cuadros; una sonrisa florecía en sus labias. Encontraba esto muy bien, muy satisfactorio.

-¡Mamá, mamá! ¿Estás ahí? -llamaba Beryl.

-Sí, querida. ¿Me necesitas?

-¡No, voy yo!

Y Beryl entró como un torbellino, muy colorada, arrastrando dos grandes cuadros.

-Mamá, ¿qué puedo hacer de estas abominables y horribles pinturas chinas chic Chung-Wah dio a Stanley cuando quebró? Es absurdo decir que tienen valor, porque estaban colgadas en la tienda de Chung-Wah desde hacía meses. No puedo comprender por qué Stanley quiere guardarlas. Estoy segura de que él es de nuestra opinión, de que las encuentra horribles, pero creó que es por los marcos -dijo con despecho-; supongo que imagina que esos marcos podrán valer algo un día u otro.

-¿Por qué no las cuelgas en el pasillo? -propuso Mrs. Fairfield-; allí no se les verá mucho. -No puedo. No hay sitio: he puesto allí todas las fotografías de su oficina antes y después de su construcción, con las fotografías firmadas de sus amigos de negocios y esa horrible ampliación de Isabel, tumbada en camisa sobre la estera... -su mirada sombría recorrió la

cocina-; ya sé lo que voy a hacer, las colgaré aquí. Le diré a Stanley que estaban un poco húmedas después de la mudanza y que las he puesto ahí de momento.

Acercó una silla, saltó, tomó del bolsillo de su delantal un martillo y un gran clavo y se puso a clavar.

-Así, ya basta; alcánzame el cuadro, mamá.

-Un momento, hija.

La madre frotaba el marco de ébano cincelado.

-¡Oh, mamá! No tienes necesidad de desempolvarlos; harían falta años para limpiar todos esos agujeritos. -Frunció las cejas por encima de la cabeza de su madre y se mordió el labio con impaciencia. La manera reflexiva que su madre tenia de hacer las cosas era sencillamente horrible.

-¡La vejez! -pensó ella con desdén.

Los dos cuadros fueron, por fin, colgados uno al lado del otro. Bajó de su silla y volvió a su lugar el martillito.

-No hacen mal papel aquí, ¿verdad? -dijo ella-. En todo caso, nadie tiene necesidad de verlos más que Pat y la muchacha. ¿Llevo una telaraña en la cara, mamá? He irlo a rebuscar en esa alacena bajo la escalera, y ahora hay algo que, sin cesar, me hace cosquillas en la nariz.

Antes de que la señora Fairfield hubiera tenido tiempo de mirar, Beryl se había vuelto. Alguien golpeaba en la ventana. Linda estaba allí haciéndoles señas con la cabeza y sonriendo. Ellas le oyeron levantar el picaporte de la despensa, y Linda entró, sin sombrero; su pelo caía en bucles sobre su cabeza y estaba envuelta en un viejo chal de cachemira.

-¡Tengo tanta hambre! -dijo linda-. ¿Dónde puedo encontrar algo de comer, mamá? Es la primera vez que entro aquí. La cocina entera se parece a mamá; ¡todo está tan en orden!

-¡Te voy a hacer té! -dijo Mrs. Fairfield, extendiendo una blanca servilleta en la esquina de la mesa- y Beryl podrá tomar una taza contigo.

-Beryl, ¿quieres la mitad de mi tarta? -Linda movió su cuchillo en dirección a ella-. Beryl, ¿te gusta la casa, ahora que estamos en ella?

-¡Ah! Sí, me gusta mucho la casa y el jardín es magnífico, pero tengo la impresión de que todo está un poco lejos de mí. No creo que las gentes vengan a vernos en ese horrible ómnibus traqueteante; seguramente que no habrá nadie que nos visite. Claro que a ti te es igual, porque...

-Pero está el coche -dijo linda-; Pat puede llevarte a la ciudad cuando quieras.

Era un consuelo, ciertamente, pero había algo en el cerebro de Beryl, algo que no traducía en palabras ni aun para sí misma.

-1:n todo caso, esto no nos matará-dijo Beryl, secamente. Dejó su taza vacía, se levantó y se estiró.- Voy a poner las cortinas -y se escapó cantando:

*Cuántos millones de pájaros veo*
*cantando estrepitosamente en todos los árboles...*

...Pájaros veo cantando estrepitosamente en todos los árboles... -Pero al llegar al comedor cesó de cantar; su expresión cambió, se puso melancólica, enfurruñada.

-Nos enmoheceremos aquí lo mismo que en otro lado -gruñó entre dientes, huraña, clavando imperdibles de bronce en las cortinas de sarga roja.

En la cocina, las dos mujeres quedaron tranquilas un momento. Linda, con la mejilla apoyada sobre su mano, miraba a su madre. La encontraba notablemente bella, colocada así, apoyada contra la ventana ornada de follaje. Había algo reconfortante en esta visión; linda

sentía que nunca podría pasarse sin ella. Tenía necesidad de su madre, del suave olor de su carne, de la sensación, tan dulce, de sus mejillas, de sus brazos y de sus hombros aún más dulces. Le gustaba la manera cómo se rizaban sus cabellos, plateados, en la frente, más claros en la nuca y todavía oscuros } brillantes en el gran moño, bajo su gorro de muselina. Las manos de su madre eran encantadoras; las dos sortijas parecían fundirse en la piel ele crema, siempre tan fresca y deliciosa. La anciana no podía soportar más que la tela do hilo sobre su cuerpo y se bañaba en invierno y verano con agua fría.

-¿No hay nada chic yo pueda hacer? -preguntó Linda.

-No, querida. Quisiera que fueras al jardín a echar una mirada a tus hijos, pero ya sé que no lo Izarás.

-Pues claro chic sí; acuérdale que Isabel es mucho más razonable que todas nosotras.

-Sí, pero no Kezia -dijo Mrs. Fairfield. -¡Oh! Hace pocas horas que Kezia ha sido arrojada al aire por un toro -dijo linda, envolviéndose de nuevo en su chal.

Pero no; Kezia había apercibido un toro a través de un agujero, en un nudo de la madera de la empalizada que separaba el tenis efe la pradera.

Nunca le había gustado mucho el toro; entonces se había vuelto por el huerto, había subido la cuesta de césped a lo largo del empinado sendero que pasaba cerca del abedul y, que desembocaba en el vasto jardín enmarañado. Tala creía que un día se perdería en este jardín.

Dos veces había encontrado su camino hacia la gran verja que habían cruzado la noche anterior y había vuelto para remontar la avenida que conducía a la casa; pero ¡había tantos caminitos por todos lados! Estos caminos conducían todos a una maraña de árboles elevados y de matorrales extraños, de hojas planas de terciopelo y de flores crema, ligeras como plumas, donde zumbaban las moscas cuando se les sacudían. Había un lado terrorífico que no se parecía nada a un jardín con sus senderitos húmedos y arcillosos, atravesados por raíces de árboles parecidos a patas de grandes aves.

Por el otro lado, había una linde de boj muy alto y todos los senderos estaban también bordeados de boj, se hundían en una maraña de flores cada vez más profunda. Las camelias estaban en flor, blancas y carmesíes, rosas y blancas, estriadas con brillantes hojas. No se veían hojas en los arbustos de celinda; tantos racimos blancos tenían. Las rosas estaban abiertas; rosas pequeñas, blancas, para poner en el ojal, pero demasiado llenas de insectos para ponerlas bajo la nariz de cualquiera; rosas rosadas, perennes, con un cerco de pétalos sembrados alrededor de una mazorca; rosas dobles sobre gruesos tallos, rosas musgosas siempre en capullo; rosaleda espléndida, entrelazada ramo a ramo, de un rojo tan oscuro que parecía, al caer, convertirse en negro y una especie color crema, encantadora, de fino tallo y hojas brillantes, escarlata, había grupos de campanillas de hadas y toda suerte de geranios, un macizo de pelargonium con ojos de terciopelo y follaje de alas de mariposa nocturna. Había todo un macizo de resedá y otro de pensamientos, orlas de margaritas dobles y sencillas y muchas otras pequeñas plantas espesas, que Kezia no había visto jamás.

Los tritomas eran más altos que ella, los girasoles japoneses formaban un pequeño juncar. Kezia se sentó sobre una de las lindes de boj; cuando se hundía mucho hacía un buen asiento. Pero ¡qué polvo en el interior! Kezia se inclinó para mirar, estornudó y se frotó la nariz.

Se encontró en seguida en lo alto de la pendiente de hierba que descendía hasta el huerto. Miró hacia abajo un momento, se tumbó de espaldas, lanzó un gritito y rodó sobre sí misma hasta la hierba espesa y florida del huerto. Tumbada, esperando que las cosas cesaran de bailar, decidió subir a la casa y pedir a la criada una caja de cerillas vacía. Prepararía una sorpresa a su abuela. Pondría primero una hoja en el fondo de la caja, encima una hermosa violeta, después un clavelito blanco quizás y los espolvorearía de espliego pero sin taparles la cabeza.

Hacía muchas veces estas bromas a su abuela y siempre habían tenido un gran éxito.



Librodot

-¿Quieres una cerilla, abuelita?

-Sí, nena mía. Creo que lo que yo busco precisamente es una cerilla.

La abuela abría lentamente la caja y encontraba la sorpresa en el fondo.

-¡Ay, Dios mío! ¡Cómo me has sorprendido, nena mía!

-Podría hacérselo aquí, todos los días -pensaba Kezia, trepando por la hierba con sus resbaladizos zapatos.

Pero en su camino llegó a ese islote tumbado en la avenida que la dividía en dos brazos, que volvían a cerrarse en seguida ante la casa. Este islote de césped en alto terraplén no tenía en su cima más que una enorme planta de hojas espesas de un verde gris y espinosas. De su centro partía un tallo elevado y fuerte. Algunas de las hojas de esta planta eran tan viejas que no se mantenían tiesas en el aire, sino que se curvaban hendidas, rotas; otras yacían en tierra aplastadas, marchitas.

¿Qué podría ser ésto? Kezia no había visto jamás nada parecido y se quedó allí con la mirada fija. Después apercibió a su madre, que descendía por la avenida.

-Mamá, ¿qué es esto? -preguntó.

Linda levantó sus ojos hacia la gruesa planta que se henchía con sus hojas crueles y su carnoso tallo. Tranquila y alta, bañándose en la atmósfera, estaba, sin embargo, tan sólidamente agarrada a la tierra de que salía, que hubiera podido tener garras en lugar de raíces. Las recurvadas hojas parecían ocultar algo; el ciego tallo hendía el aire como si ningún viento pudiera agitarle nunca.

-Es un áloe, Kezia -dijo la madre.

-¿No da flores jamás?

-Sí. Kezia -y linda le sonrió con los ojos entornados-. Una vez cada cien años.

# VII

Al volver de su oficina, Stanley Burnell hizo parar el coche en la Bodega; bajó, compró un frasco grande de ostras en escabeche. En la puerta contigua -en la tienda del Chino- tomó una piña perfectamente en su punto, y fijándose en una cesta de cerezas negras muy frescas, pidió a John que añadiese medio kilo de ellas. Colocó las ostras y la piña en el cofre de delante, pero conservó las cerezas en la mano.

Pat saltó de su asiento y le arropó de nuevo en la manta oscura.

-Levante los pies, señor Burnell, mientras la doblo por debajo.

-Bien, bien, perfectamente -dijo Stanley-. Ahora, derecho a casa

Pat fustigó la yegua gris y el coche arrancó. -Creo que tengo aquí un tipo de primer orden -pensaba Stanely, encantado de la apariencia del hombre sentado allá arriba con su abrigo oscuro, muy correcto, y su sombrero hongo, también oscuro. Asimismo le gustaba el modo con que Pat lo había arropado; su mirada, nada servil en él; y si algo había que Stanley odiase sobre todo, era el servilismo. Además, el hombre parecía contento de su trabajo, ya feliz y satisfecho.

La yegua gris marchaba muy, bien. Burnell sentía la impaciencia de verse fuera de las casas; quería estar en su casa. ¡Ah! Era maravilloso vivir en el campo, dejar ese tabuco de ciudad tan pronto como se cerraba la oficina, y hacer este viaje en el buen aire cálido. También era magnífico saber que al final estaba su casa, con su jardín, sus prados cerrados, sus tres vacas perfectas, bastantes patos y gallinas para el abastecimiento de aves.

Como dejaban los arrabales tras de ellos, y corrían por la carretera desierta, su corazón latió fuertemente de alegría. Hundió la mano en la bolsa y comenzó a comerse las cerezas, tres o cuatro a la vez, lanzando los huesos por un costado del coche. ¡Eran deliciosas, tan lozanas y frescas, sin una mancha ni una rozadura!

Había que ver aquellas dos, encarnadas por un lado, blancas por otro; un perfecto par de pequeños hermanos siameses. Y las hundió en su ojal... Con mucho gusto, ¡caramba!, hubiera ofrecido un puñado a este buen hombre de allá arriba; pero no, era mejor no hacerlo. Era preferible esperar a tenerlo consigo un poco más de tiempo.

Comenzó a hacer proyectos sobre el empleo de sus tardes del sábado y de sus domingos. No almorzaría en su club el sábado, y, se escaparía de la oficina tan pronto como pudiese; en casa, al llegar, se haría servir dos lonchas ele carne fría y la mitad de una lechuga. Por la tarde, habría algunos tipos ele la ciudad, que vendría a jugar al tenis. No demasiados, tres a lo más. También Beryl jugaba bien... Tendió su brazo derecho y lo dobló lentamente, palpando el músculo... Un baño, una buena fricción, un cigarro puro en la veranda después ele cenar...

El domingo, a la mañana, irían a la iglesia -los niños y todos-. Eso le recordaba que debía alquilar un reclinatorio, al sol si era posible y muy, adelante, para prevenirse contra las corrientes de aire ele la puerta. Imaginariamente, se escuchaba a sí mismo entonar con toda perfección: "Cuando hayas vencido el aguijón de la muerte, habrás abierto el reino de los cielos a todos los que creen ". Y veía su tarjeta, muy, clara, fija en el ángulo del banco con sus cantoneras de bronce: "M. Stanley y familia..." la resto del día divagaría con Linda... Se pasearían por el jardín, ella cogida de su brazo y él explicándole detalladamente lo que pensaba hacer en su oficina a la semana siguiente. La oía contestar: "Querido, creo que eso es muy razonable...". Charlar de cosas con linda era una maravillosa ayuda, aun cuando a veces ella desviase el tema.

Pat había frenado de nuevo la máquina. ¡Que el diablo se la lleve! ¡No iban muy de prisa! ¡Vaya! ¡Qué asco de manivela! La sentía en el fondo de su estómago.

Una suerte de pánico se apoderaba de Burnell cada vez que se acercaba a su casa. Ya antes de haber pasado la verja, gritaba a la primera persona que veía: "¿Sigue todo bien?" Y no lo creía hasta haber oído a Linda decir: "Buenas noches. ¿Has vuelto?" He aquí el lado desagradable de la vida en el campo. Se necesitaba un tiempo loco para volver... Pero ya no estaban lejos, en lo alto de la última colina; no les quedaba más que una larga y suave pendiente, medio kilómetro poco más o menos.

Pal acarició con el látigo el lomo de la yegua y la reavivó. ¡I top! ¡I top!

El sol iba a ponerse dentro de algunos minutos. 'Podo permanecía inmóvil, bañado en una luz brillante, metálica, y, desde las praderas de cada lado, se deslizaba el olor lechoso de la hierba madura. La verja de hierro, estaba abierta; el coche tomó aliento y la atravesó de un tirón; enfiló la avenida; bordeó el islote y se detuvo con toda exactitud frente al centro de la veranda.

-¿Le ha gustado, señor? -preguntó Pat, mientras bajaba de su asiento, con una lenta sonrisa; hacia su amo.

-Mucho, Pat, la verdad -dijo Stanley.

Linda salió de la puerta de cristales; su voz retumbó en la sombra tranquila: "Buenas tardes. ¿Ya has vuelto?

Al sonido de esa voz, su corazón latió tan fuertemente que apenas pudo reprimir el deseo de subir los peldaños de cuatro en cuatro y de coger a su mujer en los brazos.

-Sí, soy yo. ¿Sigue todo bien?

Pat comenzaba a llevar el coche hacia la verja de al lado, que se abría en el patio.

-Espere un minuto-dijo Burnell-. Tráigame los dos paquetes. Y dijo a Linda: "¡Le he traído un bocal de ostras y una piña!", como si le hubiera traído todas las cosechas de la tierra.



Librodot

Se encaminaron al hall; linda llevaba las ostras en una mano y la piña en otra. Burnell cerró la puerta vidriera; se quitó el sombrero. Ya ceñía a su mujer con sus brazos y la apretaba contra sí; la besaba en la frente, en las orejas, en los labios, en los ojos.

-¡Oh! ¡Oh!, querido -dijo ella-. Espera un instante a que deje estas tonterías -y puso el bocal de ostras y la piña sobre una sillita tallada-. ¿Qué tienes en el ojal? ¿Cerezas?-lila las cogió y las colgó de la oreja de Burnell.

-No hagas eso, querida; son para ti. Entonces ella las descolgó de nuevo "¿No te importa que las guarde? Me quitarían la gana de cenar. Yen a ver las niñas. Están tomando el té." La lámpara estaba encendida, sobre la mesa de la nursery. Mrs. Fairfield cortaba y untaba de manteca las rebanadas de pan. Las tres niñas, sentadas, llevaban anchas servilletas con su nombre bordado. Se limpiaron la boca cuando entró su padre, dispuestas a dejarse besar. Las ventanas estaban abiertas, había un vaso de flores silvestres sobre la chimenea y, en el techo, proyectaba la lámpara un enorme nimbo de suave luz.

-'Tienen el aire de estar bien instaladas, madre -dijo Burnell, pestañeando por la claridad. Isabel y Louie estaban sentadas cada una a un lado de la mesa. Kezia, abajo. El sitio de arriba permanecía vacío.

-Allí es donde deberá m¡ hijo sentarse-pensó Stanley. Apretó más su brazo alrededor del hombro de Linda. ¡Dios mío! tara grotesco sentirse feliz hasta este punto.

-Lo estamos, Stanley, estamos muy bien -dijo Mrs. Fairfield, cortando el pan de Kezia en finas rebanadas.

-¿Preferís eso a la ciudad, eh, niñas? -preguntó Burnell.

-¡Oh, sí! -contestaron las tres niñitas; e Isabel añadió, como después de reflexionar:

-Muchas gracias, querido papá.

-Subamos -dijo Linda-, te traeré las zapatillas.

Pero la escalera resultaba demasiado estrecha para subirla cogidos del brazo. Estaba completamente a oscuras la habitación. Burnell oyó la sortija ele Linda rozar el mármol de la chimenea, mientras ella buscaba las cerillas.

-Tengo cerillas, querida, voy a encender las velas.

Pero, en lugar de eso, vino detrás de ella, la rodeó de nuevo con sus brazos y apretó contra su hombro la cabeza de Linda.

-¡Soy tan ridículamente feliz! -dijo.

-¿De veras? -Se volvió. Colocó sus manos sobre el pecho de Burnell y levantó sus ojos hacia él.

-No sé lo que me ocurre -protestó.

Fuera, todo estaba completamente oscuro y se espesaba la niebla. Cuando Linda cerró la ventana, el fresco rocío tocó la extremidad de sus dedos. A lo lejos ladraba un perro. "Creo que saldrá la luna", dijo.

Pronunciando esas palabras, y con la humedad del fresco rocío en los dedos, le pareció que había salido la luna. Se sentía extrañamente desnuda, en una ola de fría luz. Se estremeció, se alejó de la ventana y vino a sentarse en el diván cerca de Stanley.

En el comedor, al fulgor parpadeante de un fuego de leña, Beryl, sentada en un cojín, tocaba la guitarra. Acababa de tomar un baño y cambiarse de todo. Llevaba ahora un vestido de muselina blanca con lunares negros, y se había prendido en el pelo una rosa de seda negra.

*La naturaleza descansa, amor mío.*
*Mira, estamos solos;*
*Dame tu mano, para que yo la estreche; amor mío,*
*Ligeramente con la mía...*



Librodot

"Tocaba para sí misma, cantaba a media voz, contemplándose. La llama se reflejaba en sus zapatos, en el vientre rubio de la guitarra y en sus blancos dedos...

"Si yo estuviese ahí fuera y mirase al interior, por la ventana, me sorprendería bastante el verme así", pensaba. Tocó el acompañamiento totalmente en sordina; ya no cantaba, escuchaba.

...La primera vez que te he visto, niñita, ¡oh! ¡Te creías muy sola! Estabas sentada con tus piececitos en un cojín y tocabas la guitarra. ¡Dios! No podré nunca olvidar... Beryl levantó la cabeza y se puso a cantar de nuevo.

La luna misma está cansada.

Pero llamaban fuertemente a la puerta. Apareció el rostro carmesí de la criada.

-Haga el favor, miss Beryl; acabo de poner la mesa.

-Bueno -dijo Beryl con tono glacial, dejando su guitarra en un rincón.

Alicia irrumpió en la habitación, con una pesada bandeja de hierro negro en las manos.

-¡Vaya trabajo que he tenido con este horno! No puedo tostar nada en él.

-¿Sí? -dijo Beryl.

Pero no, no aguantaría a esta tonta de chica. Huyó al salón oscuro y se puso a recorrerlo de arriba abajo... ¡Oh! Estaba nerviosa, nerviosa. Sobre el tapete de la chimenea había un espejo. Con los brazos apoyados, contempló Beryl su pálida imagen. ¡Qué hermosa era! Pero no había allí nadie para enterarse ele eso.

-¿Por qué has de tener que sufrir así? -decía con el rostro en el espejo-. ¿Si no estabas hecha para sufrir?... Sonríe.

Beryl sonrió, y su sonrisa era en verdad tan adorable, que sonrió de nuevo; pero esta ver, porque ya no podía resistirse a hacerlo.

# VIII

-Buenos días, Mrs. Jones.

-¡Oh! Buenos días, Mrs. Smith, estoy muy contenta de verla. ¿Trajo usted sus niños?

-Sí, traje mis dos gemelos. He tenido otro bebé, desde que estuve con usted, pero ha venido muy de repente y no he tenido aún tiempo de hacerle ropa. Así que lo he dejado... ¿Está bien su marido?

-¡Oh! Muy bien, gracias. Es decir, ha tenido un espantoso catarro; pero la reina Victoria es mi madrina, ¿sabe?, y le ha enviado un cajón de piñas, con lo cual se curó inmediatamente. ¿Es su nueva criada?

-Sí, se llama Gwen; la tengo solamente desde hace dos días. Gwen, ésta es mi amiga Mrs. Smith. -Buenos días, Mrs. Smith. La cena no estará a punto hasta dentro de diez minutos.

-Creo que no debiste presentarme a la criada. Creo que debí simplemente ponerme a hablarle así...

-Es más bien una señora de compañía que una criada; y a una señora de compañía se la presenta; lo sé porque Mrs. Samuel tenía una.

-¡Oh, es igual! -dijo la criada, con aire indiferente. Batía una crema de chocolate con la mitad de una percha rota. La cena cocía muy bien en un peldaño de cemento. La criada empezó a poner la mesa sobre un asiento del jardín pintado de rosa. Delante de cada convidado, colocó dos platos de hoja de geranio, un tenedor de aguja de pino y un cuchillo de

ramita. Había tres cabezas de margarita, como huevos escalfados, encima de una hoja de laurel; lonchas de vaca fría en un pétalo de fucsia, exquisitas albondiguillas de tierra y agua, mezcladas con granos de amargón, y la crema de chocolate que había decidido servir en una concha en la que la había cocido.

-Usted no tiene necesidad de preocuparse de mis niños -dijo Mrs. Smith, amablemente-. Basta con que tome esta botella y la llene en el grifo, quiero decir en la lechería.

-¡Oh!, muy bien -dijo Gwen, y murmuró a Mrs. Jones: "¿Y si yo fuese a pedir a Alicia un poco de leche de verdad?".

Pero alguien, ante la casa, llamaba, y los convidados se dispersaron, dejando la deliciosa mesa, dejando las albondiguillas y los huevos escalfados a las hormigas y a un viejo caracol, que sacaba sus cuernos temblorosos al borde de la silla del jardín y empezaba a roer un plato de geranio.

-¡Venid delante de la casa; dad la vuelta, niños! Pip y Rags acaban de llegar.

Los jóvenes Troud eran esos primos de los cuales había Kezia hablado al camionero. Vivían aproximadamente a un kilómetro de allí, en una casa llamada "Quinta del árbol de los monos". Pip era alto para su edad, con un pelo negro y liso y un rostro pálido. Pero Rags era tan pequeño y tan delgado que, desnudo, sus omóplatos sobresalían como dos alisas. Tenían un perro mestizo de pálidos ojos azules y de larga cola retorcida, que les seguía por todas partes. Se llamaba Snooker. Pasaban el tiempo en peinar y cepillar a Snookery en jaropearlo con diferentes y horribles composiciones que fraguaba Pip y guardaba secretamente en un jarrillo roto tapado con una vieja cobertera de marmita. Ni aun el fiel pequeño Rags debía conocer la fórmula secreta de estas mezclas: Se toma un poco de polvo dentífrico, una pizca de azufre reducido a fino polvo y quizás un poco de almidón para atiesar el pelo de Snooker. Pero había algo más. En realidad, Rags pensaba que aquello era pólvora... Por miedo al peligro, nunca se le permitía agitar la mixtura. "¡Si te salta un grano en el ojo, te quedas ciego para toda la vida!", decía Pip, mezclándolo todo con una cuchara de hierro. Y siempre quedaba el riesgo, un pequeño riesgo de que aquello hiciese explosión si se le batía con demasiada fuerza... "Dos cucharadas de eso en un bidón de kerosina bastarían para matar millones de pulgas." Pero Snooker pasaba todos sus momentos de libertad mordisqueándose y refunfuñando, dentro de su pelo, y apestaba abominablemente.

-Ocurre eso porque él es un gran perro de combate -decía 'Codos los perros de combate huelen.

Los jóvenes Troud iban a menudo a pasar el día fuera, en casa de los Burnell, Y ahora que éstos poseían una hermosa casa y este lindo jardín, estaban dispuestos a ser muy amigos.

Además, a los (los les gustaba jugar con las niñas; a Pip, porque podía bastarles bromas y Lottie era muy fácil de asustar; y a Rags por unta razón humillante: adoraba las muñecas. ¡Cómo miraba a una muñeca dormida, le hablaba en voz baja, con una sonrisa tímida, y qué fiesta para él cuando se le permitía coger una!

-Rodéala con tus brazos, no los dejes así de tiesos; vas a dejarla caer -decía severamente Isabel. En aquel momento estaban en la veranda, reteniendo a Snooker; que quería entrar en la casa; pero no se le dejaba, porque la tía Linda odiabas a los lindos perros.

-hemos venido en el ómnibus, con mamá -dijeron-, y vamos a pasar la tarde con vosotras. Hemos traído de nuestra galleta pana la tía linda; es nuestra Minnie quien la ha hecho. Está llena de almendras.

-He mondado las almendras -dijo Pip-. Hundo de prisa mi mano en una olla de agua hirviendo, las cojo, las pellizco de un modo especial, y saltan fuera de la piel, algunas hasta el techo, ¿verdad, Rags?

Rags asintió.



Librodot

-Cuando hacen los pasteles en casa -dijo Pip- nos quedamos siempre en la cocina Rags y yo; yo tengo el tazón y él la cuchara y el batidor de huevos. El pastel de merengue es el mejor, es muy espumoso.

Corrió a lo largo de la veranda, bajó los peldaños hasta el césped, plantó sus manos encima de la hierba, se inclinó hacia adelante, pero no pudo mantenerse completamente cabeza abajo.

-Este césped está lleno de terrones-dijo-; es preciso un sitio llano para ponerse patas arriba. En casa puedo andar de cabeza todo alrededor del árbol de los monos, ¿verdad, Rags?

-Casi -dijo Rags, muy bajo.

-Sosténte con la cabeza, bajo la veranda; es llano -dijo Kezia.

-No, asusta -dijo Pip-, es preciso hacerlo en un sitio blando, porque si damos un envite y hacemos la pirueta, algo en el cuello nos hace "clic" y se rompe. Me lo ha dicho papá.

-¡Oh! Entonces jugaremos -dijo Kezia.

-¡Muy bien! -dijo vivamente Isabel-. Vamos a jugar al hospital, yo seré la enfermera, Pip el médico, y tú, Lottie, y tú, Rags, los enfermos. Lottie no quería jugara eso, porque la última vez Pip le había introducido, en el fondo de la garganta, algo que le dolía horriblemente.

Pip se le burló:

-¡Ca! No era más que el jugo de un trozo de piel de mandarina.

-Entonces, jugamos a la señora -dijo Isabel- Pip podrá ser el padre y vosotros seríais nuestros queridos niñitos.

-Detesto jugar a la señora -dijo Kezia-; nos hacéis ir siempre a la iglesia cogidos de la mano, y después volver para acostarnos.

Bruscamente Pip sacó un pañuelo sucio de su bolsillo: "¡Snooker, aquí, señor", llamó. Pero

Snooker, como de costumbre, trató de escapar, con la cola entre las patas. Pip saltó encima de él y lo apretó entre sus rodillas.

-Sosténle quieta la cabeza, Rags -dijo; y ató el pañuelo alrededor de la cabeza de Snooker; con un gracioso nudo que sacaba las puntas por encima.

-¿Por qué haces eso? -preguntó Lottie.

-Es para acostumbrar a sus orejas a que se peguen mejor a la cabeza; mira -dijo Pip-. "Todos los perros de combate tienen las orejas hacia atrás; pero las de Snookez son demasiado blandas.

-Ya sé -dijo Kezia-; se le vuelven siempre del revés, eso no me gusta.

Snooker se tumbó, hizo un débil esfuerzo con su pala para arrancarse el pañuelo, pero no pudiéndolo conseguir, se arrastró detrás de los niños, temblando de angustia.

# IX

Pat venía a grandes zancadas. Llevaba en su mano un pequeño tomahawk que brillaba al sol.

-Venid conmigo -dijo a los niños-, yo os enseñaré cómo cortan el cuello a un pato los reyes de Irlanda.

Ellos retrocedían; no le creían. Además, los muchacheas Troud nunca habían visita hasta entonces a Pal.

-Vamos, venid -les dijo persuasivo, sonriendo y tendiendo la mano a Kezia.

-¿Un pato de verdad, uno del cercado?

-Sí-dijo Pat. Kezia puso su mano en la de Pat, dura y seca, él hundió el tomahawk en su cintura y tendió la otra mano a Rags. Adoraba a los niñitos.

-Yo tendré que sujetar a Snooker por la cabeza si va a haber sangre -dijo Pip-, porque la sangre le vuelve completamente loco. Corrió adelante, tirando de Snooker por el pañuelo.

-¿Crees que debemos ir?-murmuró Isabel- no hemos preguntado nada, ¿verdad?

Hacia la parte baja del huerto se abría una barrera en la empalizada. Al otro lado una áspera pendiente conducía a un puente que cruzaba el arroyo. Y una vez en la otra orilla, se estaba ya junto a los cercados. En el primero habían arreglado un viejo establo pequeño, para corral. Las gallinas vagabundeaban a lo lejos, habían atravesado el cercado hasta un hoyo lleno de mantillo. Pero los patos permanecían cerca de la parte del arroyo que se deslizaba bajo el puente.

Grandes matorrales de follaje rojo, con flores amarillas y racimos de bayas negras, caían sobre el arroyo. En ciertos sitios era ancho y poco profundo; en otros, se derramaba por agujeros de bordes llenos de espuma y de vibrantes burbujas. En esas charcas habían elegido domicilio los grandes patos, nadando y chapoteando a lo largo de las orillas herbosas.

Arriba y abajo, nadaban, alisando sus plumas con sus pechugas relucientes y sus picos amarillos, y otros patos, con una misma papada y un mismo pico amarillo, les seguían, nadaban con ellos, al revés.

-He aquí la flotilla irlandesa -dijo Pat-; mirad aquí el viejo almirante, con el cuello verde y la hermosa oriflama sobre la cola.

Sacó de su bolsillo un puñado de granos y se dirigió hacia el gallinero, indolente, con su viejo sombrero de paja, metido hasta los ojos.

Llamaba: "Ti-ti-ti-ti".

"Cua-cua-cua-cua" -contestaban los patos, que serpenteaban detrás de él, en una larga línea ondulante. Les atraía, hacía como que echaba el grano, lo sacudía en sus manos, los llamaba hasta reunirlos a todos alrededor de él, en un blanco círculo.

De lejos, las aves oyeron los gritos. Acudían, ellas también, al través del cercado, con las alas extendidas, las patas metidas hacia adentro, a la manera de las gallinas, y cacareaban al venir.

Entonces Pat esparció el grano, los patos golosos empezaron a regodearse. Rápido, Pat se inclinó, agarró a dos de ellos, uno bajo cada brazo, y se adelantó hacia los niños. Las cabezas erizadas, los ojos redondos de los patos, asustaron a los niños. A todos, menos a Pip.

-¡Vamos ya, tontos! -gritó-. No pueden morder, no tienen dientes. Sólo llevan esos dos agujeritos en el pico para respirar por allí.

-¿Queréis sujetarme uno de ellos, mientras acabo con el otro? -preguntó Pat.

Pip soltó a Snooker.

-¿Que si yo quiero? Dame uno; me da igual que patalee.

Casi le sofocó la alegría al ponerle Pat entre los brazos el blanco paquete.

Había un viejo tronco cerca de la puerta del gallinero. El hombre, sujetándolo por las patas, lo tendió encima. Casi al mismo instante cayó el tomahawk; saltó la cabeza del tajo, y la sangre brotó sobre las plumas blancas y sobre la mano.

En cuanto los niños vieron la sangre, cesaron de tener miedo. Rodearon a Pat y se pusieron a gritar. Hasta Isabel saltaba y aullaba: "¡La sangre, la sangre!". Pip olvidó su pato y lo tiró a lo lejos. "¡Lo he visto, lo he visto!" -decía él, dando saltos alrededor del bloque de madera.

Rags, con sus mejillas blancas como el papel, corrió hacia la cabecita, avanzó un dedo como si quisiera tocarla, se echó atrás, y de nuevo acercó un dedo. Temblaba con todo su cuerpo.



Librodot

Hasta Lottie, la pequeña Lottie, se echó a reír, señaló al pato, y gritó: "¡Mira, Kezia, mira!"

-¡Mirad! -exclamó Pat.

Dejó en tierra el cuerpo, que comenzó a oscilar con un gran chorro de sangre en el sitio de la cabeza, y se puso a dar suavemente menudos pasos hacia la áspera pendiente que conducía al arroyo.

-¿Lo veis? ¿Lo veis? -gritaba Pip. Corría alrededor de las pequeñas, tirándoles del delantal.

-¡Es como una pequeña locomotora! -gritaba Isabel-, ¡como una graciosa maquinilla de tren! Pero, de repente, Kezia se precipitó sobre Pat, le echó los brazos alrededor de las piernas, golpeando con la cabeza tan fuerte como podía, en las rodillas del hombre.

-¡Vuelve a ponerle la cabeza! ¡Vuelve a ponerle la cabeza! -gemía.

Cuando Pat se inclinó para desembarazarse de ella, no quiso soltar la presa. Ella se agarraba con todas sus fuerzas y sollozaba: "Vuelve a ponerle la cabeza, vuelve a ponerle la cabeza...". Hasta que aquello se convirtió en un raro estribillo.

-Se ha parado, ha caído, ha muerto-dijo Pip. Pat levantó a Kezia en sus brazos. 1.1 sombrero de paja de la pequeña había resbalado hacia atrás, pero ella no se dejó mirar. Apretó su cara contra el hombro huesudo de Pat, y sus manos se enlazaron alrededor de su cuello.

Los niños pararon de gritar tan súbitamente como habían empezado. Se mantenían alrededor del pato muerto. Rags ya no tenía miedo de la cabeza. Se arrodilló y la acarició.

-No creo que haya muerto completamente -dijo-. ¿Creéis que no volvería a vivir si yo le diese algo de beber?

Pero Pip estaba muy enfadado.

-¡Bah! ¡Qué bebé! -dijo--. Silbó a Snooker y se marchó.

Cuando Isabel fue al encuentro de Lottie, Lottie se separó bruscamente.

-¿Por qué me zarandeas constantemente Isabel?

-Vamos -decía Pat a Kezia-, ¡ya tenemos aquí una buena niñita!

Levantó las manos y tocó las orejas del hombre. Sintió algo. Lentamente levantó su rostro estremecido, y miró. Pat llevaba anillitos en las orejas. Estaba muy sorprendida.

-¿Se ponen y se quitan?-preguntó Kezia, con voz ronca.

# X

En lo alto de la casa, en la cocina caliente y muy en orden, Alicia, la criada, preparaba el té. Estaba "vestida". Llevaba un traje de paño negro que olía bajo los brazos, un delantal blanco, como una gran hoja de papel, y un nudo de encaje sujeto al pelo por dos alfileres de azabache. Había reemplazado sus confortables zapatillas de fieltro por otras de cuero negro, que le apretaban el callo del dedo pequeño. ¡Algo horrible!

Hacía calor en la cocina; una mosca zumbaba; un abanico de vapor blanquecino salía de la cafetera cuya tapa no cesaba de bailar una giga ruidosa sobre el agua hirviendo. E1 reloj lanzaba al aire tibio un tictac lento y mesurado como el ruido de la aguja de hacer media de una vieja, y de vez en cuando, sin razón alguna, porque no había prisa, el estor se alzaba y venía a golpear en la ventana.

Alicia confeccionaba sandwichs de berros; sobre la mesa había un trozo de manteca, una hogaza de pan y hojas de berros apiladas en un paño blanco.

Un librito sucio, grasiento, semidescosido, con las páginas despuntadas, se apoyaba en la mantequera, y mientras amasaba la manteca, Alicia leía:

Soñar con cucarachas que arrastran un ataúd es de mal agüero. Significa la muerte de algún pariente o de alguien que os es querido: padre, madre, hermano, hijo o novio. Si las cucarachas marchan hacia atrás cuando se las mira, quiere decir muerte por el fuego o como consecuencia de caída de una gran altura, caída por la escalera, de andamios, etc., etc.

Arañas.

-Soñar con arañas que se pasean sobre uno, es bueno. Anuncian grandes cantidades de dinero, próximamente. Si la persona espera hijos, puede confiar en partos fáciles. Pero debe evitar el comer almejas, si las traen como regalo, en el sexto mes.

"¡Cuántos millones de pájaros veo!"

-¡Ay, Dios mío! ¡Aquí viene Miss Beryl!

Alicia dejó caer su cuchillo y escondió la Llave de los sueñas bajo la mantequera. Pero no tuvo el tiempo de disimularlo completamente, porque Beryl venía a la cocina en dirección a la mesa, y los bordes grasientos del libro fueron la primera cosa en la que repararon sus ojos. Alicia vio la sonrisita astuta de miss Beryl, y la manera cómo levantó sus cejas como si preguntase qué podía ser aquello. Decidió contestar, si miss Beryl le preguntaba: "¡Nada que le interese, miss!". Aunque estaba segura que miss Beryl no lo haría.

Alicia era realmente una criatura suave, pero poseía las más maravillosas réplicas a preguntas que -ella lo sabía- nunca habían ele hacerle. Componerlas, repetírselas a sí misma, la consolaba tanto corno si las hubiese expresado. Verdaderamente, eso le había permitido tener colocaciones en donde la habían tratarlo real, hasta el punto de tener miedo de dormirse a la noche con una caja de cerillas sobre la silla, por temor a comérselas durante su sueño.

-¡Oh! ¡Alicia! -anunció miss Beryl-. Hay uno más para el té; ele modo que haga el favor ele recalentar un plato de scones de ayer; y, además del pastel de café, ponga un mazapán. No olvide usted los mantelitos bajo los platos. ¿Comprende? No los puso usted ayer, y la mesa tenía tan mala facha. Y no nos coloque esa horrible cubetera rosa y verde por la tarde. Está bien por la mañana. Creo, por otra parte, que se debía guardar para la cocina. ¡Tiene un aire tan miserable y huele tan mal! Paga la cubretetera japonesa. Me ha comprendido bien, ¿verdad?

Miss Beryl había terminado. Al dejar la cocina iba canturreando:

*Cantando tan fuerte desde todos los árboles,*

muy satisfecha de la manera enérgica con que manejaba a Alicia.

Alicia se sentía exasperada. No era de esas a quienes disgusta que se les mande; no; pero no podía soportar tal retintín en la manera de hablarle miss Beryl. No podía realmente soportarlo. Eso le hacía rebelarse interiormente, por decirlo así, y casi temblar. Pero la razón por la cual Alicia detestaba así a Beryl, era que la empequeñecía. Beryl hablaba a Alicia con una voz especial, como si no estuviera totalmente presente, y jamás se impacientaba, jamás. Aun cuando Alicia dejara caer una cosa u olvidase alguna otra importante, miss Beryl parecía esperarlo.

-Haga el favor, Mrs. Burnell -decía una Alicia imaginaria, mientras ella untaba de manteca los scones-; preferiría no recibir órdenes de miss Beryl; puedo quizá no ser más que una vulgar criada que no sabe tocar la guitarra; pero...

Este último párrafo la encantaba hasta el punto de devolverle su buen Humor.

-La única cosa que se puede hacer -oyó al abrir la puerta del corredor- es cortar enteramente las mangas y reemplazarlas por una amplia banda de terciopelo negro...



Librodot

# XI

El pato blanco parecía no haber tenido jamás cabeza cuando Alicia lo colocó ante Stanley Burnell aquella noche. Reposaba con una resignación admirablemente asada sobre una fuente azul, rodeado de una corona de albondiguillas y con las patas juntas, atadas con una hebra de hilo.

Resultaba difícil decir cuál de las dos, Alicia o el pato, parecía mejor asado. ¡'Tenían ambos un color tan hermoso e igual aspecto reluciente y terso! Pero Alicia era de un rojo fuego y el pato de un caoba de España.

Burnell recorrió con la mirada el filo de su cuchillo. Muy orgulloso de su manera de trinchar, se envanecía de hacer de ello un trabajo de primer orden. Detestaba ver trinchar a las mujeres. Demasiado lentas, parecían siempre indiferentes al aspecto que pudiera tener la carne. Él, sí, él se preocupaba de ello; él ponía su orgullo en cortar delicadas lonchas de vaca fría, cuadraditos de cordero, justamente del buen espesor, y de despedazar con precisión un pollo o un pato.

-¿Es el primero de nuestros productos? -pregunte, sabiendo perfectamente a qué atenerse. -Sí, el carnicero no ha venido; hemos descubierto que no pasa más que dos días por semana. No había necesidad de excusa sobre este soberbio animal. No era ni siquiera carne, sino una suerte de refinada gelatina. "¡Mi padre diría -apuntó Burnell- que éste debe ser uno de esos pájaros a los que su madre tocaba la flauta alemana en su infancia, y, que los dulces sones de este delicado instrumento han actuado sobre el espíritu juvenil para dar este resultado..." Tome algo más, Beryl. Usted y yo somos los únicos en esta casa que tenemos el sentimiento de lo que comemos. Estoy dispuesto a declarar delante de un tribunal, si es preciso, que adoro la buena comida.

Se sirvió el té en el salón. Beryl, que por una razón cualquiera se había mostrado muy amable con Stanley desde su llegada, le propuso una partida de cribbage. Se sentaron junto a una mesita cerca de una ventana abierta. Mrs. Fairfield desapareció, y Linda, tendida en una mecedora, se balanceaba con los brazos cruzados en la nuca.

-No necesitas luz, ¿verdad, Linda? -preguntó Beryl.

Y cambió de sitio la gran lámpara, de tal modo, que quedó bajo la suave luz.

¡Qué lejos parecían esos dos desde el sitio en que Linda, sentada, se mecía! La mesa verde, las cartas relucientes, las grandes manos de Stanely, las pequeñitas de Beryl, parecían formar parte de un mismo movimiento misterioso. Stanley, bien plantado; robusto en su traje oscuro, estaba a sus anchas, y Beryl, sacudiendo su brillante cabeza, estaba algo mohína. Llevaba enrollado al cuello un terciopelo negro, nuevo, que la cambiaba en cierto modo, transformaba la forma de su rostro -pero era encantadora, decidió Linda-. La habitación olía a lirios; había dos grandes jarras de arums sobre la chimenea.

-Quince dos, quince cuatro y una pareja hacen seis y una serie de tres son nueve -dijo Stanley tan reposadamente que hubiera podido de la misma manera contar carneros.

-Yo no tengo más que dos parejas -dijo Beryl, que exageraba su decepción, sabiendo lo que a él le gustaba ganar.

Los peones parecían dos menudos personajes que subían juntos el camino, ciando vuelta al ángulo agudo y bajando de nuevo. Deseaban menos adelantarse uno a otro que acercarse bastante para poderse hablar, o quizá, sencillamente, para sentirse el uno junto al otro.

Pero siempre había uno que se impacientaba, que saltaba hacia adelante cuando el otro se le juntaba, y se negaba a escucharle. ¿Quizás el peón blanco tenía miedo del rojo? O tal vez, cruel, quitaba al rojo la ocasión de hablarle...

Beryl llevaba prendido al pecho un ramito de pensamientos, y una vez, mientras los peoncillos se encontraban juntos, se inclinó; los pensamientos cayeron cubriendo los peones.

-Es demasiado -dijo ella, recogiendo sus flores-, justamente cuando ellos iban a poder volar uno en brazos del otro.

-¡Hasta la vista, hija mía! -dijo Stanley riendo. Y el peón rojo saltó más lejos.

El salón era largo y estrecho con puertas vidrieras que daban a la veranda. La tapicería era de color crema con un dibujo de rosas doradas, y el mobiliario, que había pertenecido a la vieja Mrs. Fairfield, parecía sombrío y vulgar. Contra el muro se adosaba un pequeño piano con el tablero esculpido, adornado con una seda amarilla plisada. Encima de piano colgaba un óleo cíe Beryl; sobre el piano un grueso manojo de clemátides con aire de sorpresa. Cada flor de la dimensión de un platillo, tenía un corazón como un ojo asustado, festoneado de negro. La pieza no estaba aún en regla. Stanley soñaba con una butaca chesterfield y dos sillas confortables. Linda prefería el salón tal como estaba...

Dos grandes mariposas de noche entraron por la ventana, dando vueltas y formando círculos alrededor del halo de la lámpara.

-¡Huid, antes que sea demasiado tarde! ¡Huid! Dando vueltas y más vueltas, parecían traer el silencio y el claro de luna sobre sus alas mudas...

-Tengo dos reyes -dijo Stanley-. ¿Son buenos?

-Muy buenos -dijo Beryl.

Linda cesó de balancearse y se levantó. Stanley le lanzó una mirada.

-¿No estás bien, querida?

-No, nada, voy a reunirme con mamá.

Salió de la pieza y, de pie, en el comienzo de la escalera, llamó, pero la voz de su madre le contestó desde la veranda.

La luna, que Lottie y Kezia habían visto desde el camión, estaba en plenilunio, y la casa, el jardín, la anciana, y Linda, todo se bañaba en su deslumbrante claridad.

-Yo miraba el áloe -dijo Mrs. Fairfield-, creo que va a florecer este año. ¿Ves allí arriba? ¿Son capullos o un efecto de luz?

Como se mantenían en los peldaños, el alto terraplén de césped sobre el que reposaba el áloe se alzó como una onda; el áloe parecía bogar encima; tal un navío con los remos alzados. El brillante claro de luna goteaba de los remos, como agua, y, en la ola verde, centelleaba el rocío.

¿También tú lo sientes? -preguntó Linda, hablaba a su madre con esa voz especial con que se hablan las mujeres, a la noche, como si se hablasen entre sueños o desde el fondo de una gruta.

-¿No sientes que él viene hacia nosotras? Soñó que la arrastraban fuera del agua fría, en el navío de los remos alzados y del mástil con retoños. Ahora los remos se abatían, golpeando a prisa, a prisa. Bogaban lejos por encima de los árboles del jardín, de los cercados y de los sombríos matorrales, más allá. Se estaba oyendo gritar a los remeros: "¡Más de prisa, más de prisa!".

¡Cuánto más real parecía este sueño que tener que volver a casa, donde dormían los niños y donde Stanley y Beryl jugaban al cribbage!

-Creo que son capullos-dijo Linda-; vamos al jardín, mamá. Este áloe me gusta. Lo prefiero a todo lo demás de aquí. Y estoy segura que lo recordaré mucho tiempo después de haber olvidado las otras cosas.



Librodot

Apoyó su mano en el brazo de su madre y bajaron los peldaños, dieron la vuelta al islote y se metieron en la avenida principal que conducía a la verja de la entrada.

Desde abajo veía las largas espinas puntiagudas que terminaban las hojas del áloe, y al mirarlas, su corazón se endureció... Eso era lo que prefería, esas largas espinas puntiagudas.

...Nadie se atrevería a acercarse al buque, ni a seguirlo.

"¡Ni siquiera mi terranova -pensaba ella-, a quien tanto quiero durante el día!"

Porque ella le quería verdaderamente. Lo amaba, lo admiraba y lo respetaba enormemente. ¡Oh! Más que a nadie en este mundo. Lo conocía a fondo. Él era la lealtad, la respetabilidad mismas, y a pesar de toda su experiencia práctica, continuaba sencillo, absolutamente ingenuo, cándido, contento con poco, disgustado por poco.

¡Si no saltase así detrás de ella, ladrando tan fuerte, mirándola con ojos tan ávidos, tan enamorados! Era demasiado fuerte para ella. Desde su niñez, detestaba las cosas que se precipitaban sobre ella. Había momentos en que se ponía aterrador, verdaderamente aterrador; en que ella estaba a punto de gritar con todas sus fuerzas: "¡Me vas a matar!". Y entonces ella tenía ganas de decir cosas rudas, cosas detestables.

-Ya sabes, estoy muy delicada; sabes tan bien como yo que tengo el corazón lastimado; el médico te lo ha dicho, puedo morir de un minuto a otro; he tenido ya tres pedazos de niño...

Sí, sí, era verdad. Linda retiró bruscamente la mano del brazo de madre... Con todo su amor, su admiración, su respeto para Stanley, lo odiaba. ¡Y qué cariñoso estaba siempre después de aquellos momentos! ¡Qué sumiso estaba y atento! Él hubiera hecho cualquier cosa por ella; tenía el deseo de servirla... Linda se estaba oyendo a sí misma pedir con voz débil:

-Stanley, ¿quieres encender la vela?

Oía también la alegre contestación: "Claro que sí, queridita". Y saltaba de la cama, como si fuese a brincar, a descolgarle la luna.

Nunca había ella experimentado eso con tanta claridad; todos esos sentimientos para con ella eran precisos y definidos, tan verdaderos el uno como el otro. Y este otro, este odio, muy real, como los demás. Ella hubiera podido repartirlos en otros tantos paquetitos y dárselos a Stanley. Tenía ganas de entregarle el último, como sorpresa, y se imaginaba sus ojos cuando lo abriera...

Apretó contra sí sus brazos cruzados, y se puso a reír muy bajo. ¡Qué absurda era la vida, risible, sencillamente risible! ¿Por qué tendría esa manía de continuar viviendo? Porque era una manía -pensaba ella, irónica y riendo.

-¿Por qué me cuido tan preciosamente? Continuaré teniendo niños y Stanley ganando dinero. Los niños y el jardín irán siendo cada vez mayores y habrá flotillas de áloes entre los cuales podré escoger.

Linda habla andado, con la cabeza baja, sin mirar a nada. Ahora levantó los ojos y los pasó en derredor suyo. Su madre y ella se hallaban cerca de las camelias rojas y blancas. Soberbias eran las hojas, ricas v sombrías, bordadas de luz; y las flores redondas posadas entre éstas como otros tantos pájaros rojos y blancos. Linda arrancó una brizna de verbena, la arrugó y tendió las manos a su madre.

-Delicioso -dijo la anciana-. ¿Tienes frío, hija mía? Sí, estás temblando; tus manos están frías, haríamos mejor en retirarnos.

-¿En qué pensabas tú? -dijo linda-. Dímelo.

-¡Oh! En nada de particular. Me preguntaba, al pasar al lado del vergel, cuáles eran los árboles frutales y si podríamos hacer muchas confituras este otoño. Hay soberbios grosellos, muy sanos, en la huerta. Hoy me he dado cuenta. Quisiera ver esas repisas de la despensa bien adornadas con nuestras confituras.

# XII

"Mi querida Nan:

"No me tome usted por una farsante al ver que no le he escrito antes. No he tenido ni un solo instante, querida, y me siento aún tan agotada; que apenas si puedo sujetar una pluma.

"¡Bien! La terrible acción fue realizada. De veras hemos dejado el vertiginoso torbellino de la ciudad Y no veo la posibilidad de volver otra vez allí, pues mi cuñado ha llegado a adquirir esta finca: construcciones, tierras y servidumbres, como él dice.

"Por una parte, en efecto, es un inmenso alivio, pues nos amenaza con tomar algo en el campo, desde que vivo con ellos, y debo confesar que la casa y el jardín son deliciosos; un millón de veces mejor que ese espantoso agujero de ratón en la ciudad.

"Pero estoy enterrada, querida! Aunque "enterrada" no es la palabra.

""Penemos vecinos, pero no son más que granjeros, gordos, torpes, que tienen aire de haber pasado el día ordeñando vacas; y (los terribles mujeres, con dientes de conejo; el caía de nuestra mudanza, ellas nos trajeron scones, ofreciéndose a ayudarnos. Mi hermana, que vive siempre lejos de aquí, no conoce ni un alma; de modo que no tenernos la suerte de ver a nadie. Es casi seguro que nadie vendrá de la ciudad, a pesar del Ómnibus, porque es una vieja galera ruidosa, tapizada de cuero negro, y cualquier persona respetable preferiría morir antes que rodar en ella seis millas.

"Así es la vida... Es un triste fin para la pobrecita B... De aquí a un año o dos me convertiré en una horrible caricatura e iré a veros en mackintosh, con sombrero marino, atado con un velo de alto de gasa blanca. ¡Es tan bonito!

"Stanley dice, ahora que estamos instalados -porque lo estamos verdaderamente, después de la más terrible semana de mi vida-, que va a traernos dos individuos de su club, para jugar al tennis, el sábado por la tarde. A propósito, dos están anunciados ¡)ara hoy, como una gran fiesta. Pero, querida, ¡si pudiese usted ver a esos hombres del club de Stanley! Regorditos, de un género que parecería terriblemente indecente sin chaleco, y siempre con los dedos de los pies un poco encogidos-¡esto se ve en seguida cuando se anda por el courl con sandalias blancas! Andan sin cesar subiéndose los pantalones y blandiendo sus raquetas contra obstáculos imaginarios.

"Yo jugaba con ellos, en el club, el verano pasado, y estoy segura de que usted se dará cuenta del género, si le digo que, después de haber ido allí tres veces, me llamaban todos "Miss Beryl". ¡Es una gente fatigante!

"Mamá adora el sitio, naturalmente. Pero pienso que cuando tenga su edad estaré satisfecha de quedarme sentada al sol limpiando guisantes en una tartera.

"Pero aflora; no, no y no!

"Como de costumbre, no tengo ninguna ¡tica de lo que piensa linda de ello. Misteriosa corno siempre.

"Querida, usted conoce mi vestido de raso blanco; he cortado las mangas, he puesto (los bandas de terciopelo negro, corno hombreras, y dos grandes amapolas rojas cogidas en el sombrero de mi querida hermana. Un gran éxito, pero no sé cuándo podré ponérmelo."

Beryl escribía esta carta sentada ante una mesita de su habitación. En un sentido, todo ello) era verdad, claro es, pero, por otra parte, aquello no eran más que tonterías de las que ella misma no creía una palabra. No, es decir, sentía esas cosas, pero de diferente manera.

Era su otro yo quien había escrito esta carta que molestaba a su verdadero yo a quien repugnaba "una necia palabrería".



Librodot

Con todo, sabía que la enviaría y que escribiría siempre este género de bobadas a Nan Pym. De hecho, éste era un ejemplar bastante anodino de las cartas que le enviaba generalmente.

Beryl apoyó los codos sobre la mesa y releyó su carta, de la que oía subir la voz hasta ella, ensordecida, como en el teléfono, pero aguda, exuberante, con una chispa de acritud en el tono; ¡cómo la detestaba hoy!

-¡Estás siempre tan animada! -decía Nan Pym-. Por eso los hombres están locos por ti. -Y había añadido, con cierta tristeza, pues los hombres no enloquecían mucho por Nan, que era una muchacha sólida, de fuertes caderas y tez roja: "No comprendo cómo puedas sostener el papel. Pienso que está en tu naturaleza".

¡Qué tontería! ¡Qué estupidez! Aquello no era nacía natural en ella. ¡Dios mío! Si se hubiese mostrado verdaderamente natural con Nan Pym, ésta, de sorpresa, se hubiera tirado por la ventana. "Querida, usted conoce mi vestido de raso blanco..." Beryl cerró bruscamente su carpeta.

Se levantó de un salto y, sin pensar en ello, se dirigió hacia el espejo. Allí vio a unta muchacha, delgada, vestida de blanco, con falda de sarga blanca y blusa de seda blanca, con el talle ceñido por un cinturón de cuero.

Su cara tenía forma de corazón, ancha en las cejas y angulosa en la barbilla, pero no demasiado. Sus ojos eran, sin duda, lo mejor que tenía: de un color extraño, tan poco vulgar, verde azul, moteados de oro.

Tenía hermosas cejas negras y largas pestañas, tan largas que, cuando reposaban en su mejilla, se veía positivamente reflejarse en ellas la luz. Alguien se lo había declarado.

Su boca era un poco grande. ¿Demasiado grande? No, en realidad, no. El labio inferior adelantaba ligeramente y ella tenía una manera de sorbérselo que a otra persona le había parecido seductora.

La nariz era lo menos logrado. No es que fuese realmente fea, pero no era ni la mitad de bien hecha como la de Linda. Linda tenía una naricita perfecta. La suya se extendía un poco, no mucho, y probablemente ella se exageraba esta dimensión, porque se trataba de su propia nariz, y, ¡era tan exigente consigo misma! La apretó entre el pulgar y el índice e hizo una ligera mueca.

EL pelo. ¡Ah! EL pelo era espléndido. ¡Y qué masa! Del color de las hojas recién caídas, moreno y rojizo, con un fulgor amarillento. Cuando lo juntaba en una larga trenza, sentía en la espalda como una gruesa serpiente. Le gustaba ese peso que arrastraba su cabeza hacia atrás, y le gustaba tenerlo suelto, cubriendo sus brazos desnudos. "Sí, querida, no hay duda, eres una monada."

A esas palabras su pecho se alzó, inició una larga respiración de alegría, cerrando a medias los ojos. Pero mientras se miraba, la sonrisa se apagó en sus labios y en sus ojos. ¡Oh, Dios! Había vuelto al mismo juego. Falsa, tan falsa como antes, falsa como cuando había escrito a Nan Pym, falsa ahora, sola consigo misma.

¿Qué relación había entre ella y esta persona del espejo y por qué esta mirada fija? Se dejó caer junto a su cama y hundió la cabeza en sus brazos.

-¡Oh! -gritó-. ¡Soy tan desgraciada! Sé que soy tonta, rencorosa y vanidosa. Represento siempre un papel. No soy nunca verdaderamente yo misma. -Y de una manera muy precisa, vio su falso yo subir y bajar las escaleras, reír con una risa especial, en trinos, durante las visitas; mantenerse bajo la lámpara, si venía a cenar un hombre, para que pudiese admirar la luz en su pelo; hacer muecas, hacer la niñita cuando se le pedía que tocara la guitarra. ¿Por qué? sostenía el papel aún delante de Stanley. No más tarde que ayer a la noche, mientras él leía su periódico, se le había acercado, apoyándose a propósito en su hombro. ¿No había



Librodot

posado la mano sobre la suya, indicándole algo, para que él pudiese advertir qué blanca era al lado de su mano de hombre, tan morena?

¡Despreciable, despreciable! Su corazón estaba frío de rabia. "Es extraordinario cómo puedes persistir", decía a su falso yo. Pero eso provenía de que se sentía ¡tan desgraciada, tan desgraciada! l3eryl, dichosa y viviendo su vida, su falsedad hubiera cesado de existir. Veía a la verdadera l3eryl, una sombra..., una sombra, que radiaba, débil y sin sustancia. ¿Qué tenía de real, aparte de este fulgor? ¿En qué raros instantes había existido? Beryl casi podía recordar cada uno de ellos. Había pensado entonces: "La vida es rica, misteriosa y buena... ¿Seré yo jamás esa Beryl para siempre...? ¿Y cómo? ¿Hubo jamás un tiempo en que no existiera un falso yo...?". Había llegado a este punto cuando oyó resonar pequeños pasos a lo largo del pasillo y moverse el picaporte. Kezia entraba.

-Tía Beryl, mamá pregunta si quieres bajar; te lo ruego; papá está allí con un señor y la comida está dispuesta.

¡Qué aburrimiento! ¡Cómo había arrugado su falda, arrodillándose tan idiotamente!

-¡,Muy bien, Kezia!

Y Beryl fue al tocador y se espolvoreó la nariz. Kenia vino también, destapó un tarro de crema y lo aspiró. Debajo del brazo llevaba un gato de calicot muy sucio.

Cuando tía l3eryl salió de su habitación, corriendo, Kezia, sentó el gato sobre el tocador y le puso la tapa del tarro de crema sobre la oreja.

-Ahora, mírate -dijo con tono severo.

El gato de calicot se impresionó tanto al verse, que se cayó hacia atrás, saltó, y volvió a saltar hasta el suelo. La tapa voló por el aire, fue rodando por el linóleo, como una moneda, y no se rompió.

Pero, para Kezia, se había roto desde el momento en que había volado por el aire; la recogió toda caliente de emoción y la volvió a poner encima del tocador.

Después huyó sobre la punta de los pies, demasiado de prisa y ligeramente.